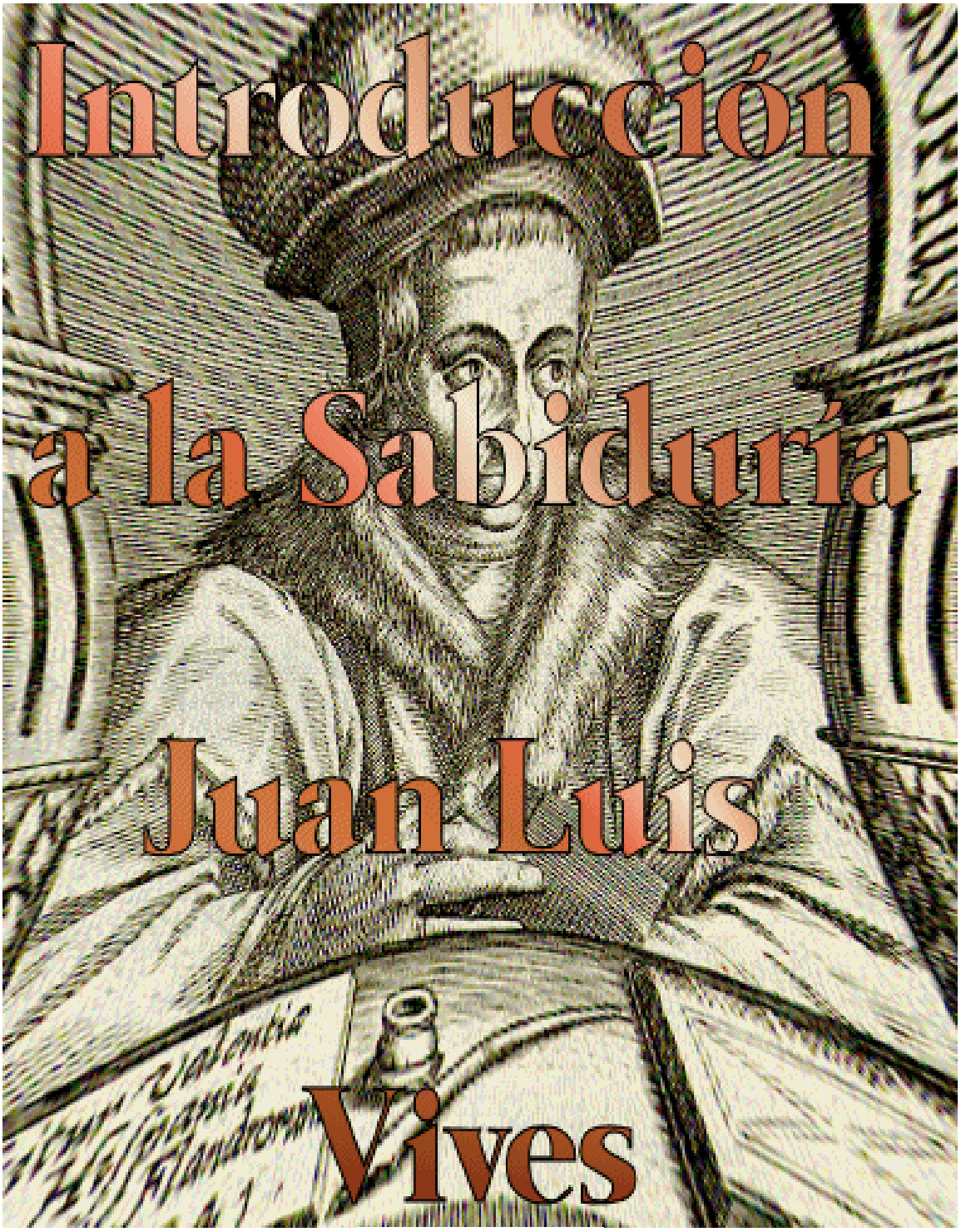
Introducción a la Sabiduría

JUAN LUIS VIVES



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo I
De la Sabiduría

1. La verdadera sabiduría es juzgar bien de las cosas, con juicio entero, y no estragado, de tal manera, que estimemos, a cada cual en aquello que ella es, y no nos vayamos tras las cosas viles como si fuesen preciosas, ni desechemos las viles por preciosas, ni vituperemos las que merecen loor, ni loemos las que de suyo merecen ser vituperadas.

2. Porque no hay error en el entendimiento ni vicio que no nazca de aquí, ni hay cosa en toda la vida que mayor destrucción traiga que tener dañado el juicio, de manera que no pueda apreciar y estimar las cosas en su verdadero y justo precio.

3. Cerca de lo cual es de notar que son dañosas las opiniones del vulgo, que con grandísimo desatino juzga de las cosas.

4. Gran maestro es el pueblo para arrostrar a errar.

5. y con el que con buena afición sigue el camino de la sabiduría, la mayor pena que tenemos es en su libertad, sacándole de la tiranía de las opiniones populares, si ya le tienen usurpado el juicio.

6. Tenga primeramente el tal por sospechoso todo aquello que el pueblo con gran consentimiento aprueba, hasta que con buen tino torne a para por la balanza en que pasan todas las cosas aquellas, que las miden por virtud.

7. Y aprenda cada uno desde mozo buenas opiniones, y acostúmbrese a ellas, porque será grandísimo el fruto que después le darán, creciendo juntamente con la edad.

8. Sus apetitos y deseos confórmelos con la razón; huya con gran diligencia de los que de ella se desvían y tuercen; porque esta costumbre en bien hacer, refrenando las pasiones, se apegue tanto, que casi sea tan natural, que ya no haya cosa que le traiga a hacer el mal si no fuese forzado y traído como de los caballos arrastrando.

9. Se ha de tomar la más excelente manera de vivir, la cual con la costumbre, será la más apacible.

10. Todo el resto de la vida cuelga de la crianza de la mocedad.

11. Sea, pues, en esta carrera que tomamos de la sabiduría el primer paso aquel dicho tan trillado de todos los antiguos que es: Que se conozca a sí mismo, porque sepamos juzgar de nuestras cosas, y veamos lo que nos toca las ajenas.

Capítulo II
De la Clasificación de las cosas

12. El hombre está compuesto de cuerpo y de ánimo. Nuestro cuerpo es tierra y de estos elementos que vemos y tocamos, semejante en esto a los cuerpos de los otros animales.

13. El ánimo, don de Dios, divinamente nos es dado semejante a los ángeles al mismo Dios; por el cual se juzga y se toma el hombre, y aún él solo, sin respeto del cuerpo, habría de ser llamado el hombre, según el parecer de los más excelentes filósofos que antiguamente trataron esta materia.

14. El cuerpo hay hermosura, buena disposición, sanidad, firmeza, integridad, fuerza, desenvoltura, ligereza, deleite; y sus contrarios, fealdad, enfermedad, flaqueza, atamiento, pesadumbre, manquedad, dolor, y otras cosas que al cuerpo o son provechosas o dañosas.

15. En el ánimo hay saber y virtud; y sus contrarios, ignorancia y vicio.

16. Todas las otras cosas no tocan al hombre fuera de él están, como son: riquezas, estados señoríos, nobleza, dignidades, gloria, fama, favor; y sus contrarios, pobreza, bajeza de estado, deshonra, aborrecimiento y otras cosas semejantes.

Capítulo III
De la naturaleza de las cosas

17. La que en todas las cosas tiene el gobierno, mando y señorío de la virtud, a la cual todo lo demás para hacer su deber ha de servir.

18. Virtud llamamos dar a Dios y a los hombre aquello que debemos, que es: honra, acatamiento y servicio a Dios; amor a las gentes, y voluntad de bien hacer.

19. Todas las otras demás, enderezadas como a su fin, para servicio de esta virtud, no serán malas.

20. Y los que primero las llamaron buenas no sintieron de ellas como ahora siente el vulgo, que primero comenzó a mudar, trastocar y estragar las verdaderas, naturales y propias significaciones de las cosas. De donde después los que mal las entendieron las vinieron a estimar muy al revés de lo que ellas eran.

21. Y para apreciarlas en lo que merecen podemos tener por regla el no entenderlas como comúnmente se entienden, sino según el bien que hallaremos en ellas, y conforme a esto, no llamaremos riquezas, piedras escogidas, no metales, no magníficos y suntuosos edificios, no sobradas y superfluas alhajas, mas la riqueza será no carecer de lo que es necesario para amparo y defensa de la vida.

22. Gloria es tener buen renombre por hechos virtuosos.

23. Honra es ser atacado por nuestra virtud propia.

24. Estima es, cierta y verdadera opinión que de uno se tiene por alguna excelente virtud que en él haya.

25. Estado, reino y señorío es, tener debajo de tu mano y a tu cargo muchos por quien mires y proveas, aquello que verdaderamente cumple.

26. Divinidad es, o bien la buena opinión que tienen los hombres, granjeada en justicia por la virtud, o cierto decoro que asoma al exterior de la virtud, que vive recatada en la más entrañable intimidad.

27. Nobleza es, ser conocido y estimado por notables hechos; o es, ser semejante a sus padres el que es hijo de los buenos.

28. Por generoso y de buena casta será de tener aquel que naturalmente parece que nació para virtud.

29. Sanidad, es tal disposición de cuerpo, que pueda el ánimo usar de sus fuerzas y hacer su oficio.

30. Hermosura de rostro y buena disposición de cuerpo es, figura de un hermoso ánimo.

31. Fuerza es, la que es menester para pasar por el trabajo, o por mejor decir, por el ejercicio de la virtud, para no tomar en él fatiga.

32. Deleite es, un verdadero gozo sin mezcla de dolor ni de tristeza, que dura mucho tiempo, como es el que dan las cosas que tocan solamente el ánimo.

33. Si tomamos y apreciamos estas cosas de otra manera, que es, si las entendemos como comúnmente se entienden, hallaremos que van muy fuera de propósito y que son vanas y dañosas. Dando por ellas la vuelta, primeramente lo que hay fuera de nosotros, o se endereza y sirve al cuerpo, o al ánimo; como las riquezas para la defensa de la vida, la honra para juzgar de la virtud.

34. El cuerpo no es otra cosa sino un abrigo o vestidura o esclavo del ánimo, al cual la naturaleza, la razón y Dios mandan que esté sujeto, como bruto a quien siente, como mortal a quien es inmortal y divino.

35. En el ánimo, el saber para esto le buscamos, para que más fácilmente huyamos del vicio que hemos conocido, con mayor facilidad sigamos y alcancemos la virtud que conocemos, porque para lo demás muy superfluo y fuera de propósito es todo aquello que sabemos.

36. Nuestra vida, ¿qué otra cosa es, sino una cierta peregrinación y destierro, expuesto a mil fortunas, combatido de mil cosas que sucedan cada día, al cual no hay hora en que no le esté su fin como colgado de un cabello, amenazando que puede sucede por causas no pensadas y ligeras?

37. Pues siendo así, ¿qué mayor locura puede ser que hacer alguna cosa fea y mala con deseo de vida incierta?

38. Y en esta vida, como en un camino, cuanto más ahorrados estuviéramos, y menos embarazados con nuestro hato, tanto más ligera y desenvueltamente caminaremos con mayor placer.

39. Allende de esto, la naturaleza y composición de nuestro cuerpo es tal, que no buscando cosas superfluas y dañosas, tiene necesidad de muy poco: tanto, que si lo mirásemos de raíz, sin duda ninguna tendríamos por locos a los que con tan gran fatiga amontonaron tantas riquezas, teniendo necesidad de tan pocas.

40. Agudamente, quienquiera que él fuese, definió las riquezas aquel que dijo que eran largo viático para una jornada breve.

41. Porque las riquezas, las posesiones, los vestidos, para esto sólo las buscamos y granjeamos, para usar de ellas cuando tenemos necesidad. Así que, de lo superfluo no usamos, sino de lo necesario; antes con lo que sobra, el uso se estorba y embaraza y se pierde, no de otra manera que una nao con la demasiada carga.

42. ¿De qué te aprovechan los ducados encerrados en el cofre, si no te has de servir de ellos; y quitado este respeto de lo te han de servir?, ¿qué diferencia haces más que si tuvieses allí un poco de barro, sino es en tener mayor trabajo y pena de guardarlos? Tanto, que teniendo cuidado de esto solo, que no te sirve nada, te descuidas, y menosprecias aquello en que principalmente habías de pensar.

43. Que ciertamente la moneda es una conocida servidumbre de ídolos, cuando por ella menospreciamos la piedad, la religión y lo que es santo y bueno.

44. Dejo aparte cuantos lazos están parados a las riquezas, por cuántos y cuán diferentes casos que se pierden. Y lo que es peor es, ya que se conserven, en cuántos y cuán diferentes vicios que nos llevan

45. Los lúcidos atavíos, ¿qué otra cosa son, sino instrumentos y aparejos de soberbia?

46. La necesidad halló a la mano vestidos provechosos, la abundancia y superfluidad trajo los ricos atavíos, la vanidad sacó los lucidos trajes.

47. Nació la porfía de los unos con los otros, que nos enseñó muchas cosas sobradas y dañosas, queriendo los hombre ganar honra de una cosa que conocidamente arguye su flaqueza.

48. Así veremos al ojo que la mayor parte de las riquezas son suntuosos edificios. Las alhajas ricas, los servicios doblados, las piedras exquisitas, oro, plata, vestidos, se buscan más para satisfacer a la vista de los que lo han de mirar que para uso de los la poseen.

49. Viniendo a la nobleza, ¿qué otra cosa es venir de nobles padres, sino una suerte que os cupo en el nacer? o tomando la nobleza como, comúnmente la toman, ¿qué otra cosa es, sino una opinión sacada de la locura del pueblo, pues vemos muchas veces por cuán malos caminos semejantes nobleza han sido ganada?

50. La verdadera y firme nobleza nace de virtud.

51. Y es muy gran locura, quien es malo y con sus ruines obras oscurece y mengua su ilustre linaje, preciarse que viene de buenos.

52. Deshagámonos de nuestras vanidades, miremos la realidad de la verdad. Todos nuestros cuerpos son hechos de una masa, todos de unos mismos elementos, pues de nuestros ánimos verdaderamente sólo Dios es nuestro padre.

53. No se burle nadie; que menospreciar la bajeza del linaje es en cierta manera encubiertamente culpar a Dios, que es única causa y verdadero autor de nuestro nacimiento.

54. El estado, gobierno o señorío, ¿qué otra cosa es, sino (ya que así la queréis llamar) una ilustre pesadumbre? que si supiésemos los trabajos, las congojas, las fatigas y los enojos que consigo trae, no hay nadie (ni de los que más deseosos son de esta honra) que no huyese de ella como una pesada desventura.

55. ¡Oh! ¡cuán grande e incomparable trabajo es gobernar ruin gente, y cuánto mayor si tú, que los has de gobernar, eres ruin!

56. La honra que no nace de virtud es dañosa y mala, y si nace de virtud, la misma virtud que la ganó la menosprecia; que no se puede llamar virtud la que, dejando su verdadero fin, busca el precio en la honra, la cual no buscándola ella misma, de suyo sigue a la virtud.

57. Las que ordinariamente se llaman dignidades, ¿cómo se podrán llamar así si vienen a personas indignas, que no las mereciendo las ganaron con engaño, con ambición, con soborno, con premios y otras malas artes?

58. Y con mayor razón si se las confiere aquellas bestia de mil cabezas que ninguna cosa hace con juicio.

59. Y la gloria, ¿es otra cosa sino levantársenos del aire los oídos de la cual, como ni de la honra ni de la fama, qué le toca a aquel de quien se suenan?

60. Pues por la mayor parte son inciertas, que no llevan camino; injustas, de que presto ligeramente vuelan y se pasan, semejantes al padre que las crió, que es el vulgo, el cual (como muchas veces se ve) en un mismo día ensalza un hombre hasta las nubes, al mismo, antes que anochezca, le ha puesto y abatido debajo los abismos.

61. ¿Qué diré? Pues veo que muchas veces nacen de cosas de burla, otras veces de cosas que van fuera de todo entendimiento, y aun algunas veces de cosas malas y perversas.

62. Como de jugar bien a al pelota, de gastar la hacienda en banquetes, en truhanes, en máscaras, y principalmente en guerra, que por la mayor parte es un robo, que es estimado porque no sufre castigo; porque veáis tras qué se va la locura del vulgo.

63. Recoja cada uno su pensamiento dentro de sí mismo y piense bien en esto: hallará cuán poco le toca y cuán poco le hacen al caso la fama, los dichos, el acatamiento, la honra del pueblo, de la cual ahora precia.

64. Cuando duerme o está sólo retraído, decidme: ¿qué tan gran diferencia hay de un rey a uno que sirve?

65. En fin, piense cada uno que ésta es la verdad que la nobleza, la honra, el estado quedaron y nacieron de una perversa persuasión que el mundo tuvo antes que Cristo le alumbrase; la cual él desarraigó del ánimo de aquéllos que enseñó, y después el perverso demonio y enemigo la sembró como una mala hierba en el buen pan.

66. En este nuestro cuerpo la hermosura, que tanto estimamos, ¿qué cosa es, sino un buen lustre que está en la haz, por la cual, si nuestra vista pasase más adentro, no hay tan hermoso cuerpo, en quien no descubriese grandes fealdades?

67. Esta gentil traza, y hermosa figura de este cuerpo, ¿de qué sirven, si nuestro ánimo está estragado y feo?

68. Como dijo un griego, *si en una buena posada y bien aderezada acoges un huésped ruin y feo*.

69. Las grandes y crecidas fuerzas, ¿qué aprovechan en un hombre, si las cosas excelentes de que como hombre te podrías preciar, las has de hacer, no con la fuerza de los nervios, sino con las del ingenio?

70. Mira que por más crecidas que sean, no igualarán con las de un toro o elefante, al cual con el ingenio y virtud llevas ventaja.

71. Dejo de decir que la hermosura, la fuerza, la ligereza, y otras gracias y dotes del cuerpo, como flores en muy breves tiempo se marchitan, por casos muy livianos se pierden; aun por recio que sea un hombre, una calentura lo trastorna, y por hermoso que sea en pocas horas les deshace.

72. Y caso que nada de esto sea, no pueden estas cosas durar mucho; que fuerza es que con la edad y con el tiempo no pierdan su lustre y se debiliten y deshagan.

73. No hay pues nadie que con justo título pueda decir que es verdaderamente suyo cuanto fuera de él está, pues tan fácilmente muda tantos dueños; ni aun las cosas del cuerpo, pues con tanta ligereza se nos vuela.

74. ¿Qué diré? Pues estas cosas, tras que tanta gente corre embebecida, son conocidamente causa de grandísimos vicios: como de vanagloria, de soberbia, de flojedad, de braveza, de malquerencia, de envidia, de enemistad, de ruidos, de guerras, de muerte y destrucción de muchas gentes.

75. El deleite del cuerpo, como el mismo cuerpo, es vil, torpe y aún bestial, en el cual más veces y más profundamente se deleitan los animales sin razón que el hombre.

76. Y él es causa en el cuerpo de grandísimas enfermedades, en la hacienda de gran pérdida; y principalmente no puede dejar de traer tras sí arrepentimiento en el ánimo y torpeza en el ingenio, que con las delicadezas y regalos del cuerpo, o se hace boto, o pierde su fuerza y se quiebra, y finalmente trae gran aborrecimiento y enemistad con todas las virtudes.

77. Mirad lo que es; que no podéis gozar de él sino a hurtadas, porque, como sea cosa tan ajena de la nobleza de nuestro ánimo, y que tan mal se le asiente, así no hay hombre en el mundo tan perdido, que no tenga vergüenza de tomarla delante de testigos; trae consigo conocida afrenta, y así busca la soledad y tinieblas.

78. ¿Qué? Que huye tan de presto y pasa tan en momento, y no hay fuerza en el mundo que baste para detenerle, y nunca viene sino aguado con agua de una manera o de otra amarga.

79. Desechando, pues, ya las opiniones del común, apartándonos de lo que el vulgo siente, tengamos firmemente que ni la pobreza, ni la falta de nobleza, ni la pasión, ni el no tener que vestir más, ni la afrenta, ni la fealdad del cuerpo, ni la enfermedad, ni la flaqueza, no son los mayores males ni los que de suyo basten a hacernos desventura; que esto sólo lo puede hacer el vicio, que es el mayor mal de todos, y después de él, sus vecinos, que son necedad, torpeza de ingenio, falta de entendimiento y juicio.

80. Por el consiguiente, creamos que la virtud es un grande e incomparable bien; y luego tras ella, los contrarios de los que tengo dicho, el saber, la viveza del ingenio, la entereza, o (como dicen los latinos) la sanidad del entendimiento.

81. Todo lo demás que hay en el cuerpo o fuera de él, si lo tienes, aprovecharte ha si lo encaminas y te sirves de ello en la virtud; será causa de tu destrucción si lo enderezas a los vicios. Si no lo tienes, cata por amor de Dios que no lo procures ni granjees, aventurando a perder el menor quilate del mundo en la virtud.

82. Grandísimo tesoro es la bondad, con tener solamente lo que hemos menester.

83. La fama, aunque no hayas de hacer nada porque las gentes lo vean y te precien, todavía es muy gran razón de entretenerla entera y limpia; porque este cuidado muchas veces nos refrena de cosas que parecen mal; principalmente se ha de tener cuidado de ella, porque resplandezca de nosotros buen ejemplo.

84. Y a este propósito se ha de entender aquel precepto antiguo de sabios y santos varones, que dice que *ni hemos de hacer mal, ni cosa que parezca mala*.

85. Y aun de los males que llaman del cuerpo o de la fortuna, se puede sacar muy gran provecho si se toman con paciencia; si estando más ahorrado, tanto te despiertas más para seguir la virtud, cuanto más al revés te sucede por estotro camino.

86. Que muchas veces se han visto los males o las desdichas haber dado causa de muy grandes virtudes.

Capítulo IV
Del cuerpo humano

88. Y porque en esta jornada, o en este destierro en que al presente vivimos, traemos encerrado nuestro ánimo en el cuerpo, conviene a saber, un gran tesoro en un vaso hecho de barro, no del todo hemos de desechar o menospreciar el cuerpo.

89. Mas el cuidado que de él hemos de tener, ha de ser de tal manera, que él no se alce a mayores, teniéndose por señor o por compañero nuestro, sino que se tenga por esclavo, y que sepa que ni es mantenido ni vive para sí, sino para otro.

90. Cuanto el cuidado que tienes del cuerpo es mayor, tanto crece el descuido y menosprecio del ánimo. Cuanto está más bien tratada y regalado, tanto con mayor pujanza se rebela contra el ánimo, como caballo hobacho, que no le podemos tener bien a la mano.

91. El ánimo se anegra con la demasiada carga del cuerpo, y estando él a sus vicios, embota la agudeza del ingenio. El comer, el dormir, los ejercicios, todo el cuidado del cuerpo se ha de reducir a la salud, y no al deleite, porque pueda desenvueltamente estar presto a lo que ánimo mandare, de manera que ni se ensoberbezca bien tratado, ni nos deje faltándole las fuerzas.

92. No hay cosa que tanto debilite y casque las fuerzas del entendimiento ni del cuerpo como es el deleite, porque las unas y las otras se mantienen, se crían y se sustentan con el ejercicio y trabajo, y se enflaquecen y se pierden con la ociosidad, con la delicadeza y la blandura del deleite.

93. La limpieza del cuerpo sin regalos ni curiosidades ayuda a la salud, y el al ingenio, que sin falta se encoge estando sucio el cuerpo. No parezca demasiado, pues, el cuidado que tenemos de mirar por lo que aquí luego se sigue.

94. Lavarás las manos y la cara ordinariamente con agua clara y fresca, y límpialas con lienzo blanco y limpio.

95. Limpiarás ordinariamente todas las partes por donde las superfluidades cuerpo hallan camino.

96. Como son la cabeza, las orejas, las narices y todo lo demás.

97. Entretén los pies limpios y calientes.

98. Guarda con cuidado todo el cuerpo del frío, y principalmente la cerviz, a donde a la salud y al entendimiento hace gran daño.

99. No comas en saliendo de la cama, ni antes de la hora ordinaria de comer, si no fuera muy templadamente.

100. Que el almuerzo no se ha de tomar para hartar, sino para recrear y sosegar el estómago.

101. Y para esto bata dos o tres bocados de pan, sin beber nada, o muy poco, y muy templado; y de esta manera digo que aprovecha al cuerpo y al ingenio.

102. En la comida y en la cena tened por costumbre de no comer sino una vianda, y que sea sana y no guisada. Y esto, aunque la mesa esté bien proveída de muchas maneras de servicio, los cuales no has de consentir en tu tabla.

103. La diferencia de la viandas es muy pestilencial a la salud, y mucho más la de los guisados.

104. La moderna regla, si es limpia y pura, y conforme a los ánimos castos y templados, conserva la hacienda y ella sola es la que basta a darnos a entender que no tenemos necesidad de muchas, cosas y hace que no nos mentamos en negocios con esperanza de ganar lo que deseamos para satisfacer a la gula, que sale de madre, incita y despertada con superficialidades, con cosas bien aderezadas, con manjares delicados y exquisitos.

105. Cierto muy mejor sería que lo que os sobrase fuese cosa que partieses con los tienen necesidad.

106. Esto nos enseñó nuestro señor con su ejemplo, que después que hobo dado hartura a aquella muchedumbre, no consistió que se perdiese los pedazos que habían sobrado del pan y de los dos peces.

107. Las cosas de que tenemos necesidad, la naturaleza nos las muestra, y enseña que son muy pocas, y puestas a la mano, que fácilmente se alcanzan. La necedad o falta del entendimiento inventa cosas sobradas y superfluas, que son infinitas y con gran trabajo se han.

108. La naturaleza, se das lo que ella tiene menester, como en cosa suya se huelga y se recrea y esfuerza; con lo sobrado se enflaquece y aflige, como en cosa que ni es suya ni le arma.

109. El desordenado apetito, que procede de poco saber y de falsas opiniones, no se harta ni hincha con las cosas necesarias, y las superfluas antes le anegan que le satisfagan.

110. Tu deber será aquel natural que generalmente dio Dios a la mano a todos los animales, que es agua limpia y clara; en falta de la cual, en las tierras que no la hay, no es mala la cerveza muy moderada; si tu estómago lo demanda, podrás beber vino bien aguado.

111. No hay cosa que más gaste el cuerpo de un mancebo que la vianda o el beber caliente, porque les enciende y quema las entrañas y los trastorna y hace caer en mil injurias, y locuras.

112. No bebas después de cenar, o si la necesidad te forzare, sea poca cosa y fresca, y en ninguna manera recia.

113. Y si bebieras, pase por lo menos media hora antes que vayas a reposar.

114. Cuando te levantes, trae a la memoria cuán poco tiempo de vida tenemos, y que tan poco no es razón gastar mucho, ni perderlo en cosas de burla, en comidas, en niñerías, en necedades.

115. Todo el espacio de nuestra vida es muy breve, aunque todo lo empleásemos conforme a la razón.

116. Hemos de pensar que no nos crió Dios para juegos ni para niñerías ni burlas, sino para cosas de importancia y de veras, para buen gobierno y regimiento, para cosas moderadas y templadas, para la religión, para todo género de virtud y de honra.

117. No consistas, por sanar el cuerpo, que pueda el ánimo enfermar.

118. Los ejercicios sean templados, apropiados a lo que demanda la salud, en lo cual seguirás el consejo de los médicos, con que no te manden cosa mala y fea, que pueda tocar en vicio.

119. Porque cuando más descuidados estamos, permitiendo que recree nuestro ánimo, y rehaga del trabajo que ha tomado, no nos hemos de despedir de tener algún cuidado puesto en la virtud.

120. En semejantes recreaciones despide la fantasía y arrogancia; no hay porfía, envidias, ni riñas, ni codicia. ¿Para qué quieres fatigar tu ánimo, cuado (como dices) le quieres recrear y dar pasatiempo? Es como si derramases acíbar en una miel que quisieses que fuese muy sabrosa.

121. Del sueño se hade tomar, como de una medicina, solamente lo que basta para curar el cuerpo; porque el dormir demasiado cría sobrados y dañosos humores en los cuerpos, y así los hace flojos, perezosos y tardíos; de donde la presteza del entendimiento viene a detenerse, y se encoge.

122. No has de pensar que vives el tiempo que pasas durmiendo; que nuestra vida no es sino cuando estamos a la vela.

Capítulo V
Del alma humana

123. En nuestro ánimo hay dos partes. una superior y otra inferior; la superior se llama *mente*, que (porque no entendemos) podemos llamar *entendindento*, con que sepamos que esta parte contiene también en sí *voluntad*, y cuando entiende o se acuerda o sabe, se sirve y se vale de la razón, del juicio y del ingenio: de esta parte somos hombres semejantes a Dios, y somos más excelentes que todos los otros animales.

124. La segunda parte, que decimos inferior, está más apegada con el cuerpo, de donde se le sigue ser bruta, fiera, recia, más semejante a bestia que a hombre; en la cual hay aquellos movimientos que se podrían llamar efectos, perturbaciones o pasiones, como son arrogancia, envidia, malquerencia, ira, miedo, tristeza, codicia de todos los bienes que ella se imagina, gozos vanos y locos, y otras mil enfermedades. Esta parte inferior se llama también ánimo, aunque por ella no diferimos de las bestias. Y por ella nos desviamos y apartamos infinito de Dios, que es libre y exento de toda pasión, turbación y enojo.

125. La orden de la naturaleza es ésta: que la sabiduría gobierne y rija a todo el universo y que todo cuanto vemos criado obedezca al hombre, y en el hombre el cuerpo sirva al ánimo, que así llamamos ahora la parte que dijimos que era inferior, y que ésta ande sujeta al entendimiento, y el entendimiento a Dios; y quien falta de segur esta orden peca.

126. Así que, pecado es, en el hombre, que estas perturbaciones o afectos se rebelen y amotinen, y que se levanten y encrudezcan, y que usurpen el gobierno y mando de todo el hombre, dejando y menospreciando el entendimiento y la razón; y pecado es, que el entendimiento, dejando la ley de Dios, sirva al ánimo y al cuerpo.

Capítulo VI
De los conocimientos

127. Para que nos pudiésemos apartar del pecado, y seguir el verdadero camino de virtud, dotó Dios a la parte superior del ánimo de una virtud, o fuerza, o facultad, con que pueda entender, que ingenio se llama; tonel cual descubre, examino y pesa todo lo que hay en cada cosa, y sabe qué es lo que le cumple hacer o lo que no.

128. Allende de esto, dio Dios a esta misma parte *voluntad*, la cual, de su naturaleza, se endereza a segur el bien que el ingenio descubrió, y aprobó el *juicio*; y no se contenta con cualquier bien de los comunes; no le hartan ni le satisfacen los bienes que comúnmente llamamos; más alto vuela: a su solo y único sumo y verdadero bien se levanta, que es Dios, en el cual halla holganza, y fuera del cual nunca reposa. Ésta, no solamente es libre, mas es señora alto y bajo de todo cuanto hay en el ánimo; todo lo gobierna y trae a su mandar, y si ella quiere (como debe) guardar sus preeminencias y libertad y derecho, no habrá en el ánimo parte alguna que le ose o pueda resistir. Así que, el ingenio descubre la verdad, y si se ejercita y emplea en esto, como debe, y si es tratado, pulido y ayudado con comunicación de lo que otros saben; quiero decir, con erudición, y con doctrina, halla lumbre y conocimiento claro de muchas cosas, al cual (tomando el vocablo largamente) podemos llamar *ciencia*. La *voluntad* luego abraza y sigue el bien que el *entendimiento* le mostró, y con el ejercicio de segarle y procurarle, adquiere la *virtud*, de la cual después hablaremos, en habiendo declarado cómo se ha de ayudar el *ingenio* con la doctrina. El ingenio con muchas artes, así divinas como humanas, se labra adelgaza, y alcanza a ser

informado con grande y admirable conocimiento de las cosas, para que, conociendo la propiedad, el valor y el precio de ellas, pueda más ciertamente enseñar a la voluntad, qué bien debe segur, o de qué mal se ha de guardar.

129. Huye pues de aquellas artes que son contrarias a virtud, como son las que por lo que hay en las rayas de la manos, y en fuego o en el agua, o por cuerpos muertos o por las estrellas, se profieren a adivinar lo que está por venir; porque hay en todas ellas una dañosa vanidad, hallada por nuestro enemigo el demonio engañador.

130. Y se tratan y profieren a cosas que reservó Dios para sí solo, que es el conocimiento de las cosas escondidas y venideras.

131. Tampoco nos hemos de levantar a inquirir la majestad de Dios, y los secretos que nuestro conocimiento no puede alcanzar.

132. La gloria de Dios es tan grande, que no puede dejar de perderse quien se levanta a escudriñar su majestad.

133. Y San Pablo nos manda que no sepamos más de lo que hemos menester, mas que sepamos moderadamente lo que cumple.

134. Y dice que no tiene licencia de decir aquellos secretos y misterios grandísimos que vio.

135. Y en sabiduría nos manda que no busquemos lo que se nos va de vuelo, ni escudriñemos lo que no podemos alcanzar; mas que siempre pensemos en lo que Dios nos manda, que es lo que a nosotros importa, dejando a él lo que le toca.

136. Huye de cualquier arte que el demonio enseña, con el cual (pues es enemigo de Dios) ni has de trabar compañía ni trato ni amistad.

137. Ni aun es bueno saber las opiniones de los filósofos ni de los herejes, que son contra nuestra religión, porque el demonio, astuto, no nos t raiga en algún escrúpulo que, o nos atormente mucho, o al cabo venga a nos engañar y destruir.

138. No tomes en tus manos libros sucios, porque no se te pegue de ello ningún mal. Las ruines conversaciones o pláticas sucias estragan las buenas costumbres.

139. Quitado esto que he dicho, es muy saludable, bueno y provechoso saber y aprender todo lo demás, con condición que se enderece a su verdadero fin, que es la virtud; quiero decir, si todo lo que sabes y lo que aprendes lo reduces para bien hacer.

140. Dios, por su infinita misericordia, nos dio y enseñó una doctrina divina, en que sin faltar ninguno) se encierra todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría. Esta es la que solamente da verdadera luz a nuestro entendimiento; todas las demás, con ésta comparadas, son como espesas tinieblas, y en fin, como cosas de hombre, que son de burla y de juego.

141. Mas estas doctrinas de los hombre, allende de la que Dios nos dio, se puede leer y aprender, siquiera para que en su comparación se vea mejor la claridad de la nuestra.

142. También sirven para que en nuestro favor tomemos y traigamos testimonio de las gentes cuando tenemos que hacer con personas que no satisfacen con el de Dios, que son como los flacos ojos, que no pueden sufrir el resplandor del sol.

143. Sirven también para amonestarnos y dar ejemplo; que si entre los entiles hubo tantos singulares ejemplos de virtud, ¿qué será razón que haya en nosotros? Que por ser cristianos y discípulos de nuestro maestro Dios, por la luz de la religión y cristiandad que profesamos, tenemos grandísima obligación a bien vivir.

144. Allende de todo esto, enséñennos a bien hablar, y nos da a entender las cosas del mundo, y nos muestran a juzgar prudentemente de ellas; de todo lo cual algunas veces tenemos necesidad.

145. La erudición (que por no ser vocablo más recibido en castellano, llamamos siempre doctrina) se puede decir que se labra o edifica con tres instrumentos: con ingenio, con memoria y cuidado.

146. El ingenio se adelgaza con el ejercicio.

147. La memoria se acrecienta usando y aprovechándose el hombre de ella.

148. Lo uno y lo otro se debilita con regalos, y convalece y esfuerza en la buena y sana disposición. La ociosidad y flojedad los destierran, los ejercicios nos los traen a nuestro mandar debajo nuestra mano.

149. Si lees u oyes, hazlo atentamente; no derrames el entendimiento, mas fuérzale a estar en lo que hace en lo que tiene delante, y no otra cosa.

150. Y si se sale de camino, llámale sin hacer ruido, y guarda los pensamiento que son fuera del estudio para otro tiempo.

151. Sábete que pierdes tu tiempo y tu trabajo si no estás atentamente en lo que lees o en lo que oyes.

152. No tengas vergüenza de demandar lo que no sabes, ni de aprender de quien quiera; de lo cual nunca se corrieron los hombres señalados, antes la tienen de no saber o de no querer aprender.

153. No te precies de saber lo que no sabes; mas pregúntalo a los que cree que lo saben.

154. Si quieres parecer sabio, trabaja de serlo, que no hay camino breve, como de ninguna otra manera harás más fácilmente que te tengan por bueno que si lo eres.

155. En fin, e todas cosas trabajas de ser tal cual deseas parecer; que de otra manera, muy en vano es tu deseo.

156. El tiempo descubre lo que es falso y fingido, y da fuerza a la verdad.

157. Que, como dicen, no hay mentira que no se descubra.

158. Sigue a tu maestro, no quieras adelantarte, créele, déjate llevar, no le contradigas.

159. Ámale y tenle en lugar de padre, recibirás muy gran provecho si creyeres que no puede faltar de ser verdad lo que él te dice.

160. Mira que no tornes a caer en el error porque una vez o dos te han castigado; trabaja que aproveche haberte enmendado.

161. No hay cosa de que más te hayas de acordar que de aquellas en que has errado, por no tomar otra vez a caer en ello.

162. Quien quiera pude errar, mas sólo el necio es el que persevera en el error.

163. Sabe que no hay sentido ninguno por quien más presto y más ligeramente seamos enseñados que por el oír.

164. Así, no hay cosa que se más provechosa; porque veas cuán a la mano nos pone Dios lo que nos cumple.

165. No te des a oír liviandades o cosas necias de burla; antes oye lo que es de veras, prudente, grave y de importancia.

166. Con tanto y tan grande trabajo se aprende lo uno como lo otro; siendo el provecho tan diferente y desigual de las unas cosas a las otras.

167. No te fatigues en responder mucho, sino en responder bien, a tiempo en sazón.

168. La comida y la cena sea en compañía de hombres de quienes puedas aprender, tales, que con su dulce y sabia conversación te alegren y te enseñen.

169. A chocarreros, truhanes, habladores, testarudos o alocados, mentirosos, bebedores y otros semejantes, que o con hechos o palabras mueven a risa, no les hagas honra de asentarlos a tu lado; despréciate de holgarte con ellos; antes te regocija en conversación aguda y alegre.

170. Guárdate, no solamente de decir cosas torpes, más aún de oírlas; pues los oídos son como unas ventanas en el ánimo, acordándose del dicho de San Pablo que dañan las buenas costumbres.

171. En la tabla o en cualquier otra parte escucha con diligencia lo que cada uno dice; que si quieres, en tu mano está sacar de ello provecho.

172. Que los sabios tomarás doctrina para ser mejor.

173. De los necios y groseros podrás aprender a ser más cauto y avisado.

174. Sigue lo que los sabios aprobaren. Huye de lo que los necios alaban, pues no pueden acertar sino por dicha.

175. Si ves que los hombres cuerdos y avisados precian y alaban un dicho por agudo o grave, sabio, ingenioso o del palacio, tenle en la memoria para servirte cuando viniere tiempo.

176. Ten un cuaderno aparte, en que notes si leyeres o oyeres alguna cosa dicha graciosa o elegante o prudentemente, o algún vocablo raro o exquisito, bueno para la práctica común, lo cual tendrás guardado para servirte cuando lo hubieres menester.

177. Trabaja de entender, no solamente las palabras, mas principalmente el sentido.

178. Ten costumbre de platicar y contar lo que lees o lo que oyes, a aquellos con quien aprendes latín, o a otros en tu natural lengua, y trabaja de contarlo tan elegantemente y con tan buena gracia como lo oíste, y así ejercitarás el ingenio y aprenderás a bien hablar.

179. Has de tratar mucho la pluma, que es la mejor maestra del mundo, y que más presta y mejor enseña a bien hablar.

180. Escribe, traslada, responde por escrito muy a menudo, y nota de dos a dos días, o por lo menos de tres en tres, una carta a alguno que te responda, y la que escribieres muéstrala a quien te la enmienda, teniendo memoria de todo lo que te corrige, por no tornar otra vez a caer en ello.

181. Después de comer ni de cenar no estudies: acabando de comer, lo mejor es estar asentado, hablando no oyendo alguna cosa de recreación, o si jugares a algún juego, sea blandamente, sin sacar al cuerpo de su reposo conveniente.

182. Después de cena (la cual en todo caso quiero que sea muy templada y muy arreglada) irte has a pasear con un amigo docto, alegre y regocijado, con cuya conversación te huelgues, y trabaja de remedarle, e imitarle con buena gracia lo que dice y lo entiende.

183. Entre cenar y dormir te torno amonestar que no bebas; que no hay cosa más dañosa para el cuerpo, para la memoria ni para el ingenio; y si la sed te fatigare, bebe poco, sea buen rato antes de dormir.

184. No dejes reposar la memoria.

185. Que ella se huelga que la trabajes y te sirvas de ella, y así se mejora y acrecienta.

186. No pase día en que no le encomiendes a guardar alguna cosa.

187. Cuanto más le encomendares, tanto lo guardará mejor y con mayor lealtad.

188. Cuanto menos te sirvieras de ella, tanto será más desleal.

189. Cuando le hubieres encomendado alguna cosa, déjala un poco reposar, y torna después a demandarle cuenta de ella.

190. Si quieres aprender, algo, léelo de noche cuatro o cinco veces con grandísima atención, y vuelve de mañana a demandarlo a la memoria.

191. Guarda de beber vino demasiado, guarda de tener crudo el estómago, guárdate del frío, principalmente en la cerviz.

192. El vino es sepultura de la memoria.

193. Una cosa muy encargadamente os encomiendo, que es la mejor y más provechosa del mundo, y es, que poco antes de iros a dormir os retraíais aparte, y estando sentado solo, traíais a la memoria todo lo que habéis leído, lo que habéis oído, y principalmente lo que habéis hecho aquel día, pidiéndoos de ello por extenso, muy particular cuenta.

194. Si habéis hecho alguna obra de virtud y de estima, con templanza, con buen seso, con cordura, gozaos, reconociendo que es merced de Dios, y dadle gracias, con propósito de preservar en el bien y pasar más adelante.

195. Si habéis hecho alguna cosa fea, mala, sin templanza, o necia, o que merezca ser vituperada, sabed que todo salió de vuestra malicia; reconoced el mal, aborrecedle, arrepentidos de él, pedid a Dios perdón, buscad camino para enmendaros, sed ciertos, que le hallaréis.

196. Si habéis leído u oído aquel día alguna cosa elegante, docta, grave o santa, guardadla bien en la memoria. Si habéis visto alguna buena obra, procuradla de imitar, y si vistes alguna mala, tomad aviso y guardad vos de ella.

197. No se os pase día en que no hayáis leído u oído o escrito algo con que se mejore y acreciente la doctrina, el juicio o la virtud.

198. Cuando os vais a echar, leed u oíd alguna cosa que merezca que os acordéis de ella, en la cual podáis soñar con placer y con provecho, para que aun durmiendo, entre sueños aprendáis y mejoréis.

199. En el estudio de la sabiduría nunca habéis de poner término, no se ha de acabar ante de la vida. Tres cosas hay que ha el hombre de pensar, y en que se ha de ejercitar mientras vive: en saber bien, y en bien hablar, y en bien obrar.

200. Destierra de tus estudios la arrogancia, no tomes presunción de lo que sabes, porque todo cuanto sabe el más sabio hombre del mundo es nonada en comparación de lo que le falta de saber. Muy poquito es, muy oscuro y muy incierto todo cuanto los hombres en aquesta vida alcanza; y nuestro entendimiento, detenidos y presos en esta cárcel de este cuerpo, están oprimidos en grandísima oscuridad, tiniebla e ignorancia, y el corte o los filos del ingenio son tan botos, que no pueden cortar ni pasar sobre haz de alguna cosa.

201. Allende de esto, la arrogancia hace que no puedas aprovechar en el estudio; que creo que ha habido muchos que han dejado de ser sabios, y que pudieran llegar a serlo si ellos no se dieran a entender que ya lo eran.

202. También os habéis de guardar de porfías, de competencias, de menospreciar o retraer lo que otros saben o no saben, de desear vanagloria; pues para esto principalmente se siguen los estudios, para que nos muestren a huir de estos vicios y de otros semejantes.

203. No hay en el mundo cosa que dé tan gran placer y alegría como saber muchas cosas, ni hay en el mundo ninguna de tan gran provecho como venir a entender y conocer la virtud.

204. Los estudios dan sazón y gusto a la alegría, amansan y consuelan la tristeza, refrenan los ímpetus locos de mocedad, alivian la pesadumbre de la vejez, en casa o fuera de casa, en público o en secreto, en la soledad o en la plaza, en la ociosidad o en los negocios, siempre os acompañan, están presentes, os guían, os sirven y os ayudan.

205. La doctrina es un verdadero mantenimiento del ingenio, con que se mantienen y sustenta; tanto, que es grande sinrazón tener cuidado de mantener el cuerpo, teniendo el ánimo hambre y necesidad de mantenimiento. Este manjar del ánimo da verdaderos deleites, trae gozos y regocijos firmes y perpetuos, que naciendo los unos de los otros, y renovándose entre sí, jamás nos dejan ni nos cansan.

Capítulo VII
De la virtud

206. La virtud se toma en dos maneras: la primera y principal, en cuanto es fin de todas las cosas, que es cumplida y singular perfección de nuestra naturaleza. Y así se llama sumo bien y bienaventuranza, en que sin mezcla de trabajo ni de pesadumbre consisten deleites y gozos perpetuos e infinitos, que nacen del verdadero conocimiento y bienaventurada contemplación y amor de Dios, que él mismo nos da, premia y corono por su infinita bondad, dándosenos a sí mismo para cumplimiento de la perfección a que aspiramos. Esta singular virtud, como quiera que acá alcancemos tan poco de ella, y como ella consiste en perfección, ni los hombres la pueden enseñar ni dar de gracia; solamente, sin nosotros merecerlo, se da por la infinita misericordia de Dios, y por su inmensa gracia, de quien con grande humildad la hemos de pedir.

207. La segunda virtud es la que se emplea en los ejercicios comunes de la vida, y se gana en buenas obras, y consiste en una costumbre o habituación que casi se torna en naturaleza con el ejercicio de obrar conforme a la razón, cuando la voluntad, domadas las

pasiones del ánimo, la sigue; de esta bien se dan reglas y avisos excelente, con que ayudan mucho a refrenar los desordenados apetitos.

208. El verdadero estudio, que es fin a que se han de enderezar todos los otros estudios, y en que consiste el singular premio de ellos, es el que aquella filosofía que da remedios del ánimo.

209. Que si de curar el cuerpo tenemos gran cuidado, tanto mayor le habemos de tener de curar el ánimo, cuanto sus enfermedades son más secretas y peligrosas.

210. No sin causa se llaman estas enfermedades, tormentas, tempestades, fatigas, tormentos, heridas, fuegos, furias del ánimo, que nos ponen en grandísima miseria y nos dan increíbles dolores cuando reinan; y por el contrario, nos dejan en grandísimo reposo y bienaventuranza, cuando están mansas y sujetas.

211. Aquí va a parar todos cuantos hombres de grandísimo ingenio y de doctrina han con singular agudeza descubierto y dejado por escrito, tratando esa materia de vida y costumbre.

212. En esto consiste el galardón de los trabajos que se toman en las letras; éste es el fruto verdadero de los hombres letrados; no ganar aquella singular alhaja del conocimiento de muchas cosas, para que se maravillen de él las gentes o para que le tengan en mucho; sino que traiga y aplique lo que sabe al uso común de la vida de todos, principalmente para enmienda de la suya, que no sea como la tolva del molino, por donde, sin quedar nada, se cuele todo el grano; o como bujeta, de donde otros vayan a sacar lo que quieren, sin aprovechase ella de su tesoro.

213. Y lo que trabaja l a doctrina, y religión cristiana es, que una honesta, mansa y apacible serenidad (amansada la tormenta de las pasiones) alegre y regocije y ensanche los ánimos humanos, y con un sosiego y tranquilidad de ánimo seamos semejantes a Dios y a los ángeles.

214. Los remedios para todas estas enfermedades, o los hemos de sacar de la consideración de todas las cosas de este mundo y de nosotros mismos, o vienen de parte de Dios, o se ha de tomar de la doctrina y la ley de Cristo y del ejemplo de su vida.

215. La naturaleza de todas las cosas es incierta, que en un momento se va entre las manos. Nunca cesa de dar vueltas; quitando unas cosas y dando otras; hace que al fin todas sean bajas y perecederas, sino en el ánimo, que es cada uno de nosotros, o a lo menos (ya que así no le queramos) es nuestra parte principal, todo lo demás (dejando el ánimo); ¿quién dirá que es tuyo, pues tan fácilmente pasa y vuelve de uno en otro?

216. Todo cuanto ahora poseemos, ciertamente hemos de creer que no es nuestro, sino que lo tenemos de prestado.

217. Así que, es grandísima falta de seso y gran pena, hacer mal alguno por cosas ajenas, tan bajas y de poco precio.

218. No se precie nadie por los bienes del cuerpo o de fortuna que le cupieron en su suerte, pues le han de durar tan poco tiempo, y este poco aún es incierto, pues estos bienes no son propios, sino ajenos; y ya que nos los dejen por nuestros, acabarse han, a los más tarde, con la vida, y muchas veces antes.

219. Pues lo que nos dan prestado, ¿por qué hemos de tener pesar que nos lo pidan? ¿Por qué no habrán un reconocimiento de dar gracias por el tiempo en que nos dejaron usar de ellos?

Capítulo VIII
De las pasiones

220. ¿No es ingratitud intolerable, si uno te hizo una merced, pensar que te hace afrenta porque no te le dejó de puro perpetuo; y que no mires el bien que has recibido, y cuánto tiempo te duró, sino que tengas el ojo puesto en lo que te dejaron de dar, y solamente cuenta con el tiempo en que lo quitaron?

221. Créeme, no te regocijes mucho si a ti o a tus amigos les cabe mucha parte destos bienes que se reparten por fortuna; ni te alegres porque los pierde tu enemigo, pues hay en esto tanta brevedad e incertidumbre, que las más veces está el triste lloro a las puertas de la alegría vana.

222. No pierdas la esperanza, ni te congojes o estreches el ánimo, cuando la fortuna te es contraria; porque ni has de hacer hincapié en esto, y caso que le hicieses, muchas veces las tardes alegres vienen después de las mañanas tristes.

223. ¿Pues de nuestros cuerpos cuál es el estado? ¿Cuál es su condición, siendo hechos de una tan vil masa, de un bajo principio? ¿Qué cuenta podemos hacer de nuestra vida, siendo tan frágil y dudosa, estando rodeados de tantos peligros? y cuando por un poco de tiempo fuese cierta, es cierto que no ha de durar mucho.

224. Siendo, pues, nuestra vida tan incierta y flaca, ¿qué tenemos por que tanto nos embravezcamos?

225. Y pues esta breve vida no es otra cosa sino un camino para la otra perdurable, y para acabar esta jornada tenemos necesidad de tan poco.

226. ¿Por qué nos fatigan y nos traen al retortero, o por qué nos sacan de paso estas vanidades que en ninguna parte pertenecen?

227. ¿Por qué no hacemos esclavos de codicia, pues las cosas por venir son tan inciertas, y las presentes se contentan con una nonada?

228. ¡Oh, bienaventurado el que solamente desea lo que está en su mano de alcanzar! ¡Oh, cuán trabajosa servidumbre es desear lo que no está en nuestra mano!

229. Pues cargar de estos dones de fortuna, ¿qué otra cosa es, sino embarazar al pobre peón con grande hato?

230. ¿Quién es tan tonto o fuera de sentido, que no haga sus aprestos para en la ciudad a donde va?

231. ¿Piensa residir de estancia, antes que para el camino?

232. Pues esta nuestra vida es tan breve y así se nos va de entre las manos, ¿hemos de consentir que se pierda la mayor parte de ella en pasiones? Que claro está que no vivimos cuando los efectos y perturbaciones no traen el retortero, especialmente cuando el temor de la muerte nos fatiga.

233. La cual, como por infinitas causas sobrevenga y se acerque, no la hemos particularmente de temer por esta causa o por la otra; y pues es cierto que por tantas partes vienen, ¿para qué te estás, loco, fatigando en pensar si viene por aquí o si vienes por allí? Y pues necesariamente ha de venir, no hagas cosa que o debas por huir de ella, ni te entristezcas. Cuando se acercare, muéstrale buen rostro, pues no te ha de aprovechar volverle.

234. Siendo esta vida tan llena de trabajos, congojas y desventuras, ¿qué hay en ella por que la queramos dilatar? Si caminamos para la otra, que es eterna y abundante de todos los verdaderos bienes, tomemos el camino más derecho y más cierto que nos lleve.

235. Así que, es mi conclusión, que más nos atormentan y fatigan nuestras falsas y erradas opiniones, que los males que tanto tememos; pues no tenemos ni por malo ni por bueno aquello que en realidad de verdad lo es.

236. La naturaleza, o el ser, o el verdadero precio de las cosas, por el cual las hemos de juzgar, es el que pusimos al principio; en donde claramente se ve que no hay cosa de estima, ni que merezca ser amada, ni que se haya de tener por nuestra, excepto la virtud.

237. Mas nosotros en el consejo de nuestro ánimo acogemos al amor de nuestro cuerpo, y dejada la razón, tomamos por consejero la codicia de las cosas de esta vida, que otros llaman el amor nuestro. Este es el que debilita y afemina los ánimos varoniles, y los enternece tanto, que no hay cosa tan pequeña ni tan flaca, que no los hiera y los llague, y pase (como dicen) las tratamos bien, las regalamos, y halagándolas, las entretenemos, hasta que del todo venimos a obedecerles.

238. De aquí viene la ceguedad a la vista de nuestro entendimiento, y cuando ya una vez comienzan las pasiones a reinar, luego (como a señoras) las tratamos bien, las regalamos, y halagándolas, las entretenemos, hasta que del todo venimos a obedecerlas.

239. Así tomamos por propio lo que ni es nuestro ni nos toca, y lo detenemos, si no podemos de otra manera, hasta asirlo y defenderlo con los dientes; y si nos lo quitan, damos gritos y nos fatigamos.

240. Y lo que verdaderamente nos toca y lo que es nuestro, los tenemos en muy poco y nos dejamos de ello.

241. Huimos de lo que nos puede aprovechar, como si hubiese en ello el mayor mal del mundo; y con gran placer nos abrazamos con lo que nos daña, como si en ello nos fuese la salud.

242. Los males ajenos nos parecen muy livianos; los nuestros, no siendo mayores, juzgamos por intolerables; y estando siempre quejosos y descontento, nuestros mismos deseos, y lo que los otros quiere, nos enojan.

243. Ya nos descontentamos de nosotros mismos, ya nos aborrecemos, ya este mundo con sus leyes no nos satisface; y como no sabemos lo que nos queremos, el ser y la naturaleza de las cosas querríamos que se mudase y que se trocase de alto abajo. Tal es el no poco sufrimiento que nace de este nuestro desordenado regalo.

244. ¿Qué tormentos puede la crueldad del mundo inventar, que se hayan de comparar con éstos? No son sin duda otros los que principalmente atormentan a los que en la otra vida padecen.

245. Y el castigo con que los demonios padecen mayor desventura es con soberbia, con envidia, con el aborrecimiento, con el enojo.

246. Es de ver los gestos de los que están apasionados. ¡Qué mudanza que hacen! ¡Cuán congojosos que están! ¡Cómo no les alcanza el huelgo! ¡Cuán terribles y espantosos que se muestran! ¿Veis esto? Pues mucho mayor es la turbación que pasa el ánimo que la que el cuerpo muestra y siente.

247. Entre todas las pasiones, la ira es la más recia y la que más espanto pone, y la que peor parece en un hombre.

248. Muda la naturaleza de hombre en una fiera espantosa.

249. Toda turbación oscurece la claridad del ingenio y embota el juicio, mas la ira trae consigo tan grandes tinieblas, que ni puede el hombre ver la verdad, ni lo que le cumple, ni lo que le está bien.

250. Roe y carcome el corazón, fatiga y aflige la salud, fuérzanos a hacer cosas de que luego nos hemos de arrepiento.

251. Allende de esto, ved cuán se muda el gesto, cómo se encienden los ojos, cómo se pone el rostro blanco y amarillo, cómo tartamudea la lengua, qué alboroto que hay de todas partes.

252. Tanto, que nos sin causa dicen que estando enojados se miró a un espejo, no se conoció.

253. Esta esquivez de rostro, esta reciura de palabras, esta crueldad de hechos, quita al hombre toda la autoridad que tiene, y le hace malquisto; los amigos huyen, los que le topan se apartan; todos le aborrecen y dicen de él mil males.

254. Por esto hemos visto en varones excelentes que de ninguna pasión huyeron tanto, ni disimularon otro tanto, como la ira y las obras de enojado; tanto, que del todo se hayan puesto en resistir a su naturaleza, y al fin la hayan vencido y hecho fuerza.

255. Porque, si bien consideramos, ¿qué cosa más de burla puede ser y más de reír, que un animalejo tan flaco y tamañito se embravezca y enloquezca tanto, y que levante tantas y tan espantosas tragedias por cosas tan viles y de poco precio, como son las que nos tocan al cuerpo, o como son las cosas de fortuna, y aun si viene a mano, por una liviana palabrilla?

256. El verdadero y singular remedio que hay para amansar y domar muy fácilmente la ira, es, si os dais a entender y os persuadís y creéis muy firmemente lo que ahora yo os diré, que es grandísima verdad; y es que, ni por lo que toca al cuerpo, ni por los bienes de fortuna, ni por el dicho de las gentes, realmente no os puede todo el mundo hacer injuria o agravio que os toque, ni hay debajo del cielo cosa que sea bastante y perjudicaros, cuando no os tocan en el ánimo, al cual ninguno puede dañar sino vos mismo, consistiendo que entre él el vicio.

257. Estos remedios son los que toma el hombre para sanar de estas enfermedades de sí mismo y de la naturaleza de las cosas. Ahora nos hemos de levantar más alto a buscar los remedios de que Dios nos ha proveído, aunque es verdad que lo uno y lo otro es de su mano; pero esto que vamos a decir se ve más claro y se conoce por más propio suyo.

Capítulo IX
Del hombre religioso

258. El mayor bien que se nos pudo hacer, y el más excelente don que a los hombres se pudo dar, fue la religión, que es conocimiento y amor de Dios, Señor y Padre de todo el universo mudo.

259. Con nadie muestra Dios más su liberalidad infinita, que con aquellos a quien él enseña cómo quiere ser servido.

260. Por esto el salmista, entre las singulares mercedes que Dios hizo al pueblo de Israel, pone “El que denuncia sus palabras a Jacob, sus establecimientos y justicias a Israel”. No ha hecho esto con toda gente, y no les hizo conocer sus juicios.

261. La religión es la que nos da a conocer a Dios; si le conocemos bien, es imposible que le dejemos de amar.

262. Dios, sólo es Príncipe y Hacedor y Señor de todo el universo; que es omnipotente y sapientísimo, a quien nada se le esconde.

263. Este mundo es como una casa suya, o por mejor decir, como un templo; él le sacó a la luz de nonada, le crio en esta grande y compuesta hermosura que le vemos, por lo cual le llamamos mundo. Él es el que le rige y le gobierna; y no siendo bastante la naturaleza de las cosas, él le entretiene, no con menor milagro que hizo en criarle. Y como en una casa bien gobernada de un prudente padre de familia no se hace nada sin que él lo mande, así en este mundo ninguna cosa se hace sin el mandato de Dios, nuestro Señor, cuyo poder y saber es infinito. Así se debe creer que él tiene cuidado de los ángeles, de los demonios, de los hombres, de los otros animales, de las plantas, de los cielos, de los elementos, y que todo le obedece, y que ni se hace nada, ni se mueve ni acontece, aun se levanta una pajuela ni vuela una plumilla, sin que él primero lo ordene y mande.

264. Se ha de tener por cierto que su querer o su mandar es la ley puesta en el mundo, y es propia y la llamamos natural, que todas las cosas siguen, sin que en ellas haya caso o fortuna o suerte.

265. Y que todo lo que hace es con saber y justicia infinita, aunque sea por caminos que nosotros no alcanzamos.

266. Crea cada uno que si él quiere ser bueno, todo cuanto le sucede, agora le parezca mal o bien, todo se endereza a su provecho, no al del dinero o de cosas de este mundo breve, sino a la utilidad de la salud en la otra vida eterna y buenaventura.

267. Así que, todo lo que en este mundo nos viniere, como cosa que sin falta viene de la mano de Dios, lo hemos de tomar con buen ánimo y recibirlo con buen rostro, y tenerlo por bueno alegremente, porque no sea que por no alcanzar nosotros, o deseando lo contrario, o no juzgado de ello como debemos, parezca que dejamos de tener por bueno el consejo y determinación de Dios, y que dejamos de aprobar y seguir la voluntad de quien es justísimo sapientísimo gobernador de todas las cosas.

268. Y es justicia y es razón, y cosa que se debe a Dios, que le estemos sujetos y obedientes, y que loemos y tengamos por bueno todo lo que él hace.

269. Mas nosotros, como niños, no sabiendo lo que no es mejor, lloramos porque no nos da el cuchillo con que nos podemos degollar y huimos de lo que nos es bueno, como si ello nos hubiese de destruir.

270. Tanto, que muchas veces el mayor mal que nos podría venir es así se cumpliese nuestros deseos.

271. Y como andamos tan ciegos, es tan grande oscuridad y error, proveyó Dios que no hubiésemos de tener cuidado de otra cosa sino de seguir el camino en que nos puso sin desviarnos de él, reservando a su cargo todo lo demás.

272. Queramos o no queramos, de ejecutar se tiene lo que Dios, gobernador de esta gran casa, ordena de nosotros. Pues allí donde hemos de ir, ¿por qué queremos más que nos lleven llorando y arrastrando de los cabellos, que dejarnos llevar con alegría a nuestro paso?

273. Ciertamente quien es amigo de Dios obedece y sigue la ley y voluntad de su amigo.

274. Esta es la principal manera se ha de tener el amar a Dios, como dice Cristo: “Vosotros seréis mis amigos, y yo os tendré por tales si hicieres lo que yo os mando”.

Capítulo X
Del cristianismo

275. Jesucristo, hijo unigénito de Dios todopoderoso, que es verdadero Dios y verdadero hombre, es el que hace la paz entre Dios y el género humano, y es autor de nuestra salud y redención a quien para este efecto Dios Padre envió cuando a él le pareció tener misericordia del linaje humano, que con incompresible daño suyo tenía enemistad con él.

276. ¿Qué mayor mal, o más pestilencia, o de mayor destrucción se pudo inventar o hallar, que apartarse el hombre por el pecado de Dios, fuente de donde todo bien nace y perpetuamente mana, y caer en una tan dañosa miseria y desventura, y trocar una vida dulcísimo y bienaventurada por una muerte amarga y miserable?

277. Entre otras cosas, Cristo, nuestro Señor vino para enseñarnos un derecho camino, en el puestos, caminásemos a Dios, sin apartarnos de él un punto.

278. Nos enseñó Cristo aquel camino, y nos le declaró con sus palabras y Santísima doctrina. Con el ejemplo de su vida mostró cómo se había de caminar, y le desembarazó y fortificó e hizo seguro.

279. Todo el saber humano, comparado con nuestra cristina religión, es como cieno y pura ceguedad y locura.

280. Todo cuanto entre los gentiles se lee grave o prudente, sabia, santa o religiosamente dicho; todo lo que con gran admiración, con gran favor y grita ellos reciben; todo lo que de ellos se alaba y se aprende de coro y se levanta hasta el cielo (¡oh, válgame Dios!), ¿cuán sin comparación más sencilla y llana y descubiertamente, por cuán más derecho y breve y fácil camino nos lo muestra la cristiana religión?

281. En cuyo conocimiento consiste la verdadera y perfecta sabiduría, y en vivir como ella ordena consiste la perfección de la virtud; mas no alcanza nadie verdaderamente a conocerla, sino quien vive conforme a ella.

282. La vida de Cristo da testimonio de su bondad y virtud human; sus milagros nos prueban su omnipotencia; su ley nos muestra la celestial sabiduría.

283. Para que aun la bondad con su ejemplo nos convide a imitarla, la autoridad nos fuerce a obedecer, la sabiduría nos convenza a creer.

284. La bondad saque de nosotros amor, la majestad servicio, la sabiduría fe.

285. Si miramos con atención y diligencia lo que Cristo nos mandó, al fin hallaremos sin falta ninguna que todo ello se refiere a nuestro provecho. De manera que no hay nadie que cuando firmemente cree, no sienta en sí grandísimo bien y mejoría.

286. Así como a un hombre no se le puede hacer mayor placer que cuando algún amigo se pone en sus manos y se encomienda en él y se fía en él de todo punto, así tampoco no podemos hacer cosa en que más sirvamos a Dios.

287. El fundamento de nuestra salud es creer que Dios es Padre, y su Hijo unigénito es Jesucristo, legislador que nos pone en amistad con el Padre, y del uno y del otro es espirado aquel Santísimo Espíritu, sin el cual ni hacemos ni pensamos cosa que se levante del suelo, ni cosa que nos pueda aprovechar.

288. El verdadero servicio que Dios se hace es acabar de sanar las enfermedades de nuestro ánimo, y desarraigar las aficiones o perturbaciones o pasiones malas.

289. Y de esta manera, siendo puros y santos, como él lo es, nos transformamos lo más que podamos en su semejanza.

290. Así que, no tengamos aborrecimiento a nadie, deseemos y trabajemos por hacer bien a todos. Cuanto más, dejadas las cosas corporales, te levantares a las espirituales, tanto vivirás vida más divina. Así vendrá a se que conozca Dios en ti como un parentesco o semejanza de su divina naturaleza, y se deleite en ella, y more como en un verdadero y propio templo suyo, que le será mucho más acepto que éstos de piedra o de metal.

291. San Pablo dice: “Es santo el templo de Dios, que sois vosotros”.

292. Si tenemos, pues, en nuestra posada tan grande huésped, con grandísimo cuidado le hemos de detener, y no le habemos, con nuestros pecados y maldades, de despedir o echar de ella.

293. Todas las obras corporales van si gusto delante de Dios, si la buena voluntad no les da sazón.

294. Has de pensar que dondequiera que estés muy retraído y apartado de la vista de las gentes, estando solo, y aun allá dentro del corazón y en lo más secreto de tu ánimo, está Dios por árbitro y testigo y juez de todo cuanto piensas. Teniendo, pues, reverencia y acatamiento a su presencia, guárdate, no solamente de hacer cosa fea o torpe o mal mas aun de pensarla.

295. La caridad para con Dios ha de ser, que le tengamos en más que a todo el universo, y que amemos más su gloria y honra que todas las honras y provechos de este mundo.

296. Y como un amigo, cuando se le presenta su amigo a la memoria, se le ensancha el corazón con una piadosa alegría, que sale de la buena voluntad que le tiene; así es menester procurar de tener grande amistad con todas las cosas divinas, y que así nos sean agradables y gustosos, y que las tratemos de muy buena gana, con gran gozo y alegría.

297. Todas las veces que oyes este nombre de Dios, se te ha de representar que significa una cosa divina y admirable, mayor que la que el humano entendimiento puede concebir.

298. Lo que se dice de él y de los santos no lo oigas descuidadamente, como cuentos de hombres, óyelo con la admiración y reverencia que se debe.

299. No pienses ni digas nada de Dios ligeramente, sin ir acompañado con temor y acatamiento.

300. Así digo que es contra religión burlarse hombre con las cosas sagradas, o tomar los dichos de la sagrada Escritura y servirse de ellos, traerlos en la boca, aplicándolos en cosas de burla o fuera de propósito, o en cuentos o fábulas fingidas o en dichos maldicientes, que es como derramar cieno en la medicina que os había de dar salud.

301. Mas aplicarlo a cosas sucias, esto ya es cosa maldita e intolerable.

302. Todo cuanto allí vemos, antes nos hemos de maravillar de ello que pensar que lo entendemos, y lo hemos de recibir con grandísima humildad y con debida reverencia.

303. Mira que estés ene. oficio sagrado con atención y devoción, pensando que todo como ves y oyes es sacro, santo y purísimo, y que todo se endereza a aquella inmensa majestad de Dios, la cual fácilmente puedes adorar y es imposible poderla comprender.

304. Así que, has de pensar que no basta la fuerza del ingenio humano a entender la sabiduría divina.

305. Aun los dichos de los sabios, aunque no los entendemos, los estimamos en mucho; ¿cuánto es más razón de hacer honra a las cosas divinas?

306. Cuántas veces oyes nombrar a Jesucristo, tantas veces se te acuerde de la inestimable e infinita caridad que nos tuvo, y esta memoria sea con gran agradecimiento y placer y veneración.

307. Cuando oyes algún título o nombre de los que se suelen dar a Jesucristo, levanta tu entendimiento a contemplarle y suplicarle que sea tal para contigo; como cuando le oyes nombrar piadoso, ruégale que puedas tú sentir su piedad y misericordia; cuando oyes que es omnipotente, pídele que lo muestre en ti, volviéndote bueno siendo malo, tomándote por hijo habiendo sido su enemigo, haciéndote algo de nonada. Cuando le llaman terrible, suplícale que espante a los malos enemigos que te espantan.

308. Cuando le llamas Señor, mira que te obligues a servirle. Cuando le das título de padre, persuádete amarle, y haz que seas tal, que merezcas ser hijo de tal padre.

309. Mira bien que no hay cosa en todo el universo, grande ni pequeña, que si miras su principio, su naturaleza y propiedad y fuerza, no te ponga en camino para considerar las maravillas de Dios, hacedor de todas las cosas, y que no te dé ocasión de adorarle.

310. No pongas mano en comenzar obra ninguna sin pedir primero su favor; porque Dios (en cuya mano están los medios y los fines) dará deseado fin a la obra que comenzare en él.

311. Cualquier cosa que hayas de aprender, antes que pongas mano en ella, mira bien el fin adonde va a parar; y cuando hubieres tenido buen consejo, y hecho en ella lo que debes, no te fatigues por lo que pueda suceder.

312. Ten tu confianza puesta en aquel en cuyo poder está puesto todo lo que ha de suceder de cada cosa.

313. Y pues que la religión verdadera no está en las cosas que se muestran por defuera, sino en el secreto del corazón, trabaja de entender lo que rezas; mira que no sea tu rezar hacer solamente gestos con los labios; mas cuando rezas mira que todo tu ánimo, tu entendimiento, tu pensamiento y semblante estén puestos sólo en aquello que haces, porque no haya cosa que no se conforme con tan excelente obra.

314. Las palabras de Dios abominan de quien entiende en sus obras negligentemente.

315. Si parece mal a un músico tañer una canción y cantar otra diferente, ¿cuánto es peor, estando diciendo a Dios nuestra oración, que diga la lengua una cosa y que tengamos otra en el corazón.

316. Lo que demandáremos a Dios sea con templanza, y sea cosa digna, que a él se le demande y que ella dé, porque no se ofenda con nuestras demandas necias y fuera de propósito.

Capítulo XI
De la comida

317. Cuando vas a comer, acuérdate de la omnipotencia de Dios, que crió todas las cosas de nonada, de su sabiduría y bondad, que las sustenta; de su misericordia y clemencia, pues entretiene y provee a aquellos que se hacen sus enemigos.

318. Considera cuán maravillosa obra es proveer sin cesar cada día de mantenimiento a todo cuanto vive en el mundo, y conservar todas las cosas y entretenerlas en su ser, caminando ellas de suyo a la muerte.

319. No pases por esto a ojos ciegos; míralo bien, que no hay sabiduría de hombres ni de ángeles que bastase, no solamente a hacer aquella obra, más aún a entenderla.

320. Así que, pues ya sabes que vives de sus bienes, mira qué maldita ingratitud, qué locura tan de hombre perdido es osar tomar enemistad con aquel cuya inmensa bondad y benditísima voluntad te sustenta; pues si no fuese por ésa, no sería bastante todo el mundo a entretenerte un momento.

321. En la mesa haya pureza, castidad, cordura, santidad; de manera que todo parezca a aquel cuyas mercedes nos mantienen.

322. La murmuración, la malquerencia y crueldad destiérralas siempre de ti, y especialmente de tu mesa; en la cual reconoces y sientes regalo e infinita misericordia de Dios.

323. Por lo cual es cosa más intolerable que con desabrimiento, aspereza y aborrecimiento de tu hermano ensucies el lugar donde con mano abierta usa Dios contigo de una blanda mansedumbre.

324. Lo cual aun los gentiles no ignoraron que por este respeto llamaban alegres todas las cosas que eran indicadas a la mesa, en la cual se tenía por gran maldad hacer y decir cosa triste o que pusiera espanto.

325. Y pues Dios, que es omnipotente, sapientísimo y liberalísimo, tiene de ti tan particular cuidado, deja ya esa demasiada fatiga que tienes de cómo te has de sustentar. Mira que es desconfiar de su bondad. Ten solamente cuidado de cómo le has de contentar y agradar y servir.

326. ¿No es grandísima locura hacer alguna maldad o pecado, pensando que por ella te has de poder mantener; y ofender a aquel que solamente provee el mantenimiento, y que enojes a ojos vistas a aquel de quien sólo has de recibir la merced.

327. Principalmente que no se conserve la vida con majar, sino con la voluntad de Dios, según que la Escritura declara que el hombre no vive con sólo el pan, sino con una palabra que sale de la boca de Dios.

328. Sello tenemos y firma de la mano de Jesucristo, que no se podrá dejar de cumplir, pues él es Señor de cuanto hay en el cielo y en la tierra, en que nos promete que no faltará cosa de cuantas un hombre tiene necesidad, a aquellos que buscan su reino y su justicia.

329. Allende de estos, de estos bienes que Dios nos da y quita según su santísima voluntad, pues él contigo es tan liberal, mira que todos somos hijos de Dios, y que no te debe más a ti que al mismo que al otro; mas sólo quiso que fueses tú el despensero y ministro de estos bienes, a quien, después de Dios, Quiso que tu hermano los pidiese.

330. No hay cosa que más verdaderamente se pueda decir que se da a Cristo, que aquello que se da a los que tienen necesidad.

331. Habiendo comido, considera cuán incomprensible saber y poder es el de aquel que sustenta nuestra vida con estas cosas que comemos, y la repara y entretiene yendo ella a caer.

332. Da, pues, gracias a Dios, no como las darías a quien te hubiese dado dinero para comprar vianda, sino como se deben dar aquél que te crió a ti y crió al mantenimiento, y le

hizo por tu respeto y te sustenta con él, no con la fuerza que de suyo tiene, sino con que él fue servido de darle.

Capítulo XII
Del sueño

333. Cuando vas a reposar y cuando te levantas, acuérdate de las infinitas mercedes que Dios te ha hecho, y de las que ha hecho a todo el género humano y generalmente a todo el mundo.

334. Piensa cuántas asechanzas puede poner nuestro enemigo estando nosotros durmiendo como cuerpos muertos, sin ser señores de nosotros; por lo cual con más instancia hemos de suplicar a Cristo que nos defienda, reconociendo nuestra flaqueza.

335. Y hemos de tener cuidado de no dar ocasión con pecados al bendito ángel que es nuestra guía y nuestra guarda, para que él no nos deje de su mano y nos desampare.

336. Has te de amparar haciendo la señal de la cruz en la frente y en el pecho, e interiormente con piadosas oraciones y pensamientos santos.

337. Cuando entras en la cama piensa que cada día es una imagen de la vida human, al cual luego sucede la noche.

338. Y el sueño, que es figura y representación expresa de la muerte.

339. Así que hemos de rogar a Jesucristo que en la vida y en la muerte siempre nos sea presente y favorable, y que nos dé gracias para pasar aquella noche con reposo y con sosiego.

340. Y que no nos espanten los ensueños, y que estando durmiendo esté él presente, teniéndole nosotros delante de nuestro entendimiento, que recreados con sus consuelos, podamos llegar a la mañana sanos y buenos y alegres.

341. Teniendo en la memoria el incomparable precio de su santísima muerte, con que fue redimido todo el linaje humano.

342. Guarda tu cama casta y limpia; no halle en ella entrada ni derecho aquel inventor de toda maldad y suciedad.

343. Él desistirá, desesperado de todo lo que pretende, si te defiendes de él con la señal de la cruz, con agua bendita, con llamar el nombre de Dios, y principalmente con santos pensamientos y con firme determinación de vivir bien y religiosamente.

344. Levantándote de mañana, encomiéndate a Jesucristo, al cual da gracias que no has sido vencido y oprimido aquella noche con engaños y envidia del malvado y cruel enemigo.

345. Y acuérdate que como has dormido y después has despertado, así nuestros cuerpos después de la muerte han de dormir, y que Cristo los ha de resucitar cuando se mostrare juez de los vivos y los muertos.

346. Al cual con grandísima humildad e instancia ruega que él haga de manera que tú puedas pasar todo aquel día en su servicio, sin perjudicar a nadie y sin que tu bondad sea perjudicada; y que yendo amparado de piedad cristiana, te puedas escapar libre y salvo de tantas redes y lazos que por todas partes nos pone nuestro enemigo para hacernos caer.

347. A la santísima Virgen María, benditísima de Dios, y a todos los otros santos y santas, hónralos y tenlos en veneración y estima, y como amigos que son de Jesucristo, que vive para siempre en los siglos de los siglos.

348. Lee y oye atentamente y de buena gana y a menudo sus hechos y sus vidas, con veneración y con ánimo piadoso, porque te aproveche para tomar ejemplo que imitar.

349. No hables de ellos, o no pienses como pensarías de otros hombres, sino como de quienes se han levantado ya sobre la cumbre de la naturaleza humana, y están allegados y ayuntados a la Divinidad.

Capítulo XIII
De la caridad

350. Mas como haya entre los hombres grandísimos parentescos, por la semejanza que todos tenemos, así en el cuerpo como en el ánimo, y como hayamos todos en esta vida sido criados con una misma ley y un derecho, sin que por naturaleza tengan los unos más que los otros los privilegios que acá hemos inventado; y como Dios los hiciese para que nos tuviésemos compañía y ayuntamiento, y que hubiese conformidad entre todos; para que ésta se conservase promulgó por la naturaleza una ley general: que nadie hiciese a otro lo que no querría que hiciesen con él.

351. El Reparador de la naturaleza, que andaba ya caída por el suelo, declaró que ésta era su sentencia y que aquí venía a parar su doctrina, poniéndola mucho más clara y más ilustre de lo que hasta entonces estaba.

352. Porque para levantar a la naturaleza humana todo lo que en ella se sufre poderse levantar a semejante de Dios, y para ponerla en el último punto de su perfección, no solamente mandó, que nos quisiésemos bien los unos a los otros, sino que amásemos a los que nos aborrecían.

353. Porque fuésemos semejantes al Padre celestial que ama a los que son sus enemigos, como lo declara cada día con las mercedes infinitas que les hace, y que no tiene aborrecimiento con nadie.

354. Aún hay más, y es que la naturaleza secretamente nos da a entender este mandamiento que Cristo declaró; pues vemos que la inclinación de los hombres es tal, que quieren que les tengan buena voluntad a quien ellos aborrecen.

355. El Maestro sapientísimo, que nos enseñó cómo habíamos de vivir, y nos lo declaró en fin tan sabiamente, como quien había sido autor de nuestra vida, un singular precepto nos enseñó para vivir, que fue que amásemos; sabiendo él bien que si amamos seremos perfectamente bienaventurados, sin que tengamos necesidad para esto de otras leyes.

356. No hay cosa más bienaventurada que amar, y por esto Dios y los ángeles son felicísimos, que aman todas las cosas.

357. Ni hay cosa más infeliz que aborrecer, por la cual pasión son los demonios mal aventurados.

358. El verdadero amor todo lo iguala: donde él vive no sufre que haya competencias, no quiere tomar lo que es de aquél a quien bien quiere, pues se tiene persuadido que él goza de lo que posee el otro.

359. No levante zancadilla ni pleitos a su hermano, ni piense que le injuria aquel a quien él ama. Así jamás piensa en venganza, ninguno tiene envidia de su amigo, ni se alegra de sus males, ni le carcomen los bienes que posee; antes (como dice el Apóstol) se goza con los alegres y llora con los tristes; y esto no con fingimiento ni con disimulación, sino verdaderamente de buen ánimo, porque el amor hace que todas las cosas sean comunes, y realmente tiene por suyo lo que es de aquel que ama.

360. El verdadero dechado de este mandamiento, que tenemos puesto delante de los ojos para que le podamos imitar, son las obras y la vida de Cristo.

361. Porque vino el Hijo Dios, no solamente para enseñarnos con palabras el derecho camino de bien vivir, sino para allanarle él primero con su santísima vida, y llamarnos a que le sigamos, tomando de él ejemplo, para que abiertos nuestros ojos y alumbrados con la claridad de su claro sol, pudiésemos ver lo que era cada cosa.

362. Primeramente, habiendo pasado por una infinidad de trabajos, siendo ejercitado en todo género de paciencia, ¡qué templanza y moderación nos mostró! Siendo él todopoderoso, siendo injuriado con grandes y recias afrentas, nunca volvió mala palabra; solamente seguía su intento de enseñarnos el camino por don pudiésemos llegar a Dios, abominando del que de esto nos aparta. Sufrió ser detenido y atado el que solamente (como dicen) con hacer del ojo podía en un momento trastornar todo el mundo.

363. ¡Con qué paciencia sufrió los falsos testimonios que le levantaron! finalmente, de tal manera se hubo, que ninguno conoció su poder, sino solamente en ayudar y socorrer.

364. Siendo rey y señor de todo lo criado, por el cual el Padre hizo este mundo, ¡con qué sufrimiento permitió que le pusiesen e igualasen con la más soez y baja gente del mundo! ¡Cómo sufrió no tener cosa propia, y que a sus ministros, que él tanto amaba, viniesen a faltar mantenimientos!

365. Siendo el Hacedor y Gobernador de toda la naturaleza universal, no se eximió de las faltas y daños de nuestra naturaleza humana. Tuvo hambre, sed, cansancio, tristeza y congoja. ¿Para qué pensáis que de su voluntad se puso él en estos trabajos y los sufrió de buena gana, sino para darnos ejemplo?

366. Tan amigo fue que hubiese paz y concordia, amor y caridad entre nosotros, que por respeto de esto, tras ningún vicio dio más que tras la soberbia y tras los que de ella nacen, arrogancia, ambición, porfías, desacuerdos, enemistades.

367. Mostrándonos que ni de las cosas exteriores ni de las del cuerpo no hay ninguna de que podamos tomar posesión por nuestra, pues todas son advenedizas y ajenas.

368. Ni aun las interiores, ni de la virtud, pues Dios es que el que las da y las quita a los que con ellas se levantan, no conociendo la fuente y el principio de donde manan, y menospreciando a aquellos para cuyo provecho les hizo Dios merced de ellas.

369. Y para acabar de todo punto de romper la soberbia, porque no se preciase nadie ni se alabase por estar súbdito a la religión, ni estuviese de sí muy satisfecho por guardar bien la ley, dijo: “Cuando hubierais hecho todo lo que os he mandado, decid: Somos siervos inútiles”.

370. Aquí veréis cuán grande es la locura de aquellos que se alaban de ser consumadamente cristianos, y se precian de guardar la ley más que otros.

371. Pues ninguno sabe de sí hay en él virtud, o si es digno de gracia o aborrecimiento, o si es más rico en virtud aquel a quien piensa que deja atrás, o si es llamado para el ayuntamiento de los santos, o reprobado y desechado para miseria perpetua.

372. Por esto mandó Dios que no juzgásemos los unos de los otros, pues todos somos ciegos e ignorantes de los retraimientos que hay en el corazón; y este juicio

373. Porque las cosas exteriores, que solamente nos están puestas a la vista, no son firmes, sino inciertas señales de lo que dentro yace.

374. No se pues que haber hablado una vez un hombre (como hacen muchos locos), ni por cien veces, no, ni por continua conversación que con él hayas tenido, des resoluta de su ingenio, de sus virtudes y de sus vicios.

375. Grandísimos y oscurísimos son los secretos y escondrijos que hay en el corazón humano. No hay vista de hombre que pueda llegar allá.

376. Y pues Cristo con su muerte ganó y puso en libertad todo el linaje humano, y con tan inestimable precio le rescató y redimió de la servidumbre del demonio.

377. No menosprecie nadie ni ose poner su ánima al tablero; pues fue tan grande el amor que Nuestro Señor tuvo, que se puso por ella a la muerte.

378. Nuestro Señor generalmente fue crucificado por todos, y particularmente por cada uno de nosotros. Tampoco tengas esperanza que se ha de servir Cristo de que tú aborrezcas a aquel a quien Él ama. El señor quiere que en esta moneda le paguemos: que así como Él nos amó siendo siervos y malos habiéndolo desmerecido, así amemos nosotros a aquellos en compañía de los cuales servimos, al mismo Señor.

379. Aquí en esta vida dio principio al amor que han de tener los hombres los unos con los otros, y al que han de tener con Dios; quiero decir, que aquí puso el fundamento de nuestra bienaventuranza, y en el cielo la acabó y perfeccionó.

380. Así que, ésta es la vida y la gracia de Jesucristo, que en sabiduría excede y va de vuelo a todo humano ingenio; en razón y justicia es muy conforme y conveniente a los que algo entienden; con infinita bondad llama y atrae a todo el mundo.

381. No piense nadie que es cristiano, ni tenga confianza que Dios le ama, si tiene aborrecimiento con alguno, pues Cristo, sin exceptuar a nadie, nos encomendó.

382. Pues a quien Dios t encomendó, si él no le merece, ámale también, porque Dios, que lo mandó, es digno que le obedezcas.

383. No bastan de suyo los ayunos ni abstinencias, ni las limosnas, aunque des todo cuanto tienes a los hombres, según su bendito apóstol lo enseña.

384. No veas hombre en el mundo a quien no pienses que has de tener en lugar de propio hermano, con cuya prosperidad no te regocijes, y te entristezcas con su adversidad, y a quien no procures de ayudar todo lo pudieres.

385. No disminuya esta afición ser de otra ciudad, ni ser de otra nación, de otro parentesco, de otra profesión, ni de otro estado o condición. De todos nosotros Dios es sólo padre; y así, siguiendo la doctrina benignísima de Cristo, cada día le llamamos padre, y él nos reconocerá por hijos si nosotros tenemos por hermanos a todos los demás que él tiene por sus hijos. No te desprecies de tener tú por hermano a quien Dios tiene por bien de tomar hijo.

386. Dios trajo la paz y la concordia y amor.

387. El demonio, astutísimo en tales tramas, urbe bandos, inventa particulares provechos con daño ajeno, trama diferencias, porfías, riñas y guerras.

388. Dios, cuya santísima voluntad es por todos fuésemos salvos, comunica entre nosotros amor y bienquerencia. El diablo, que querría que fuésemos destruidos o perdidos, siembra enemistades.

389. La concordia hace que las cosas pequeñas se aúnen y que crezcan. La discordia las deshace y destruye, por grandes que sean.

390. Los que trabajan de hacer paz firme y perpetua entre los hombres, o de conservarla, serán (según dice Cristo) llamados hijos de Dios. Éstos son los verdaderos pacíficos de quien él habla. Los que andan sembrando enemistades y procuran de despegar la caridad de los hombres, éstos son hijos del diablo.

391. La cosa más maldita que hay en las enemistades es, cuando la diferencia se viene a averiguar por las manos o por fuerza, que es la que (si intervienen muchas gentes) llaman guerra, en la cual el hombre excede en fiereza a todos los otros animales. Sabed que no es cosa de hombres, sino de bestias, como el vocablo latino *bellum* lo declara y significa.

392. De esta abomina naturaleza, que engendró al hombre sin armas, para mansedumbre y comunicación y conformidad de la vida; Dios la maldice y abominar, que totalmente en todas maneras quiere y manda que nos tengamos caridad los unos a los otros.

393. Ni hay hombre que ilícitamente pueda hacer guerra a otro, o perjudicarle y a hacerle daño, sin caer en pecado.

394. Si hay alguno que piense que te tiene mala voluntad, pon trabajo y diligencia en aplacarle luego, de una manera o de otra.

395. No dejes por ruegos, ni por humildad, ni por oro, ni por plata, ni por cosa de esta vida, de estar bien con todo el mundo; que éste es el más breve camino que nos lleva a Dios.

396. No te burles de nadie, ni le escarnezcas: piensa que lo que a aquél vino podía venir a quien quiera; antes de gracias a Dios que no te cupo a ti aquella suerte, y ruégale que no te venga; al que así está afligido consuélale o dale algún remedio; o si no puedes, haz siquiera que conozca en ti buena voluntad.

397. De crueles es gozarse de los males ajenos, y no tener lástima de aquellos que son de misma naturaleza.

398. Sé misericordioso con los hombres, y alcanzarás la misericordia de Dios.

399. La fortuna y los casos humanos a todos son comunes; a cada uno de nosotros amenazan, y cada uno está sujeto a ellos. Con este amor que debes a los hombres, el bien más conveniente que les puedes hacer consiste en procurarles el mayor bien nuestro, que es la virtud, y en trabajar de hacer a todos buenos, a los más que pudieres.

400. No hay cosa más desconforme ni más desconveniente a amor.

401. Ni hay obrar más de enemigo, ni que pueda a otra más perjudicar, que es así, o con persuasión o con ejemplo, o incitándole, o de otra manera, le haces malo.

402. La mayor perfección es amar aunque seas aborrecido; mas muy más seguro es, y que da mayor contentamiento, querer bien y ser bienquisto.

403. No hay más ciertas riquezas que las amistades firmes.

404. No hay más segura guarda que tener leales amigos.

405. El sol quita del mundo quien quita de la vida la amistad.

406. Mas la amistad verdadera y firme y que ha de durar, solamente es entre los buenos, entre los cuales, como quieren un mismo bien, muy fácilmente cuaja el amor.

407. Los malos ni pueden ser amigos entre sí, ni tener amistad con los buenos.

408. Para que te quieran bien, el más cierto y más breve camino es amar. No hay cosa que tanto pueda atraer a amar como el amor.

409. Después de esto, lo que más atrae el amor es la virtud, que de suyo se hace siempre bien querer; tanto, que nos convida y trae a amar aun a aquellos que nunca conocimos.

410. Casi las mismas fuerzas tienen las señales de la virtud, como ser un hombre manso, moderado, vergonzoso, humano, bien criado, afable; si no dice ni hace nada en que dé muestra de arrogancia, de presunción, de desvergüenza; si es dulce y blando y sencillo en todas sus cosas.

411. El consejo que antiguamente algunos gentiles dieron, debajo de una falsa prudencia, porque no diésemos del todo la rienda suelta a la amistad, que dice que te refrenes en el amor como si hubieses de venir a aborrecer, o que así te hayas con tu amigo como si algún día hubiere de ser tu enemigo, es como derramar ponzoña en la amistad.

412. Mas aquello que añadieron es muy provechoso y saludable: “Aborrece como si hubieses de venir a querer bien”.

413. En la amistad no haya pensamiento de enemistad, ni creas que te puede ser enemigo aquél a quien tienes por amigo; que de otra manera la amistad será flaca, que andará colgada de un pelillo.

414. En la cual ha de haber fe, constancia, simplicidad y llaneza, de manera que ni tú seas sospechoso, ni des los oídos a gente sospechosa.

415. Créeme, que no se puede llamar vida la que pasan los sospechosos o los temerosos, sino una larga y continua muerte.

416. No seas curioso en inquirir vidas ajenas ni en escudriñar lo que otros hacen; porque de esto nacen muchas enemistades.

417. Y los que esto hacen, por la mayor parte suelen ser descuidados de lo que les toca, teniendo demasiada solicitud en cosas ajenas.

Capítulo XIV

Del trato

418. Cosa es de hombres de poco entendimiento andarse tras conocer a otros, y no conocerse a sí mismo. No solamente has de amar a los hombres, mas has de reverenciar a los que es razón, y tratar con ellos con veneración y honestidad y templanza, que en esto está mucho hacer el hombre lo que debe.

419. No pienses que va poco en considerar en dónde, o con quién, o delante de quién estás.

420. Estando delante de las gentes haya templanza y moderación y buen asiento en todo el cuerpo, y mucho más en los ojos y en el rostro; no haya muestra en él de presunción ni de menosprecio, no haya gestos ni se muestre desvergüenza; haya serenidad y sosiego, que son señales de ánimo sereno y sosegado.

421. El verdadero atavío del rostro, que nos hace bienquisto, y que todos nos deseen favorecer, es la templanza y vergüenza; y así no hay nadie más aborrecido que el que la tiene raída.

422. Bien podemos desahuciar aquél que ha perdido la vergüenza de hacer mal.

423. Tampoco quiero que sea el rostro bravo, ni aun demasiado grave, que son señales de ánimo cruel y que se puede mal gobernar.

424. No te rías a menudo ni des grandes risotadas; no salga la risa a burlar de nadie, ni pase a carcajadas.

425. Piensa que no hay cosa que te pueda dar tan grande placer, que te fuerce a levantar gran risotada.

426. Mas para reír bien puede haber algunas causas, pero para burlar o escarnecer no hay ninguna.

427. Burlar de lo bueno es ilícito y es de gran maldad, y de lo malo es crueldad, de lo que ni es bueno ni malo es necedad. Mofar de los buenos es cosa contra la religión, de los malos es cosa cruel, los que conoces es fiereza, de los que no conoces es locura y liviandad; y finalmente, burlar de hombres es inhumanidad.

428. Los ojos estén graves o sosegados, las manos no prestas ni ligeras.

429. No burles de manos; que de burlas vienen a las veras.

430. La verdadera honra, que nace de buena reputación y acatamiento del ánimo, da solamente a los buenos.

431. A los que tienen oficio público o de justicia, aunque no sean tales, hazle siquiera esta común honra exterior; obedécelos aunque te manden cosas recias y graves y pesadas; que así lo quiere Dios, porque haya sosiego en la república.

432. Has lugar a los que son ricos; antes procura de contentarlos que enojarlos, por no los incitar a que hagan mal a ti o a otros buenos.

433. Levántate y haz acatamiento a los ancianos; ten en reverencia a la edad y al conocimiento, uso y prudencia de muchas cosas que suele haber en aquella edad.

434. No seas escaso en hacer honra; no lo tengas peso, mirando cómo te la hacen otros, para darles la misma medida; antes (como el Apóstol manda) procura de ganar por la mano. No saludar al que saluda, o no volver buena respuesta a quien os habla cuando lo oís, o es de barbaridad extrema o de un flojo descuido.

435. ¡Cuán poco es cuán poco cuesta saludar, ser afable, ser bien criado, honrar a todos! y es de considerar cuán gran fruto da una cosa que tan poco cuesta, cómo por aquí os hacéis bienquisto, cómo ganáis muchas amistades; y por el contrario, cómo os traen todos sobre ojo, o cómo perdéis las amistades que tenéis ganadas, si sois en esto descuidado.

436. ¡Cuán grandísima simpleza es no querer ganar la buena voluntad y amor de todos por una cosilla que tan poco cuesta!

437. Cuanto un hombre es de mejor casta o está mejor criado, tanto es más manso y más afable a todos. Y así vemos que menospreciar a otros, tener hastío de hablar, o hablar desabridamente, nace o de bajeza o de grosería o de necesidad. De aquí vino que la ciencia en que los hombres nobles y principales se criaban, ejercitando y puliendo sus buenos ingenios, la llamaron ciencia de la humanidad.

438. Si a vos no os saludan o no os responden, pensad que antes lo dejan por descuido y poca consideración que porque os tienen en poco.

439. Si os hablan desabridamente, o si no os dan la honra que os parece que se os debe, atribuidlo antes a la ruin costumbre o mala condición que a mala voluntad; glosando las cosas de esta manera, viviréis descansada, alegre y santamente; porque así a todos querréis bien, y no pensaréis que nadie os ha ofendido ni hecho agravio.

440. Un dicho es muy antiguo y usado, que dice: “Si quieres ser verdadero, no seas sospechoso”; que por palabras nuevas podríamos mudar en un dicho, que todos antiguamente sintieron: “Si quieres vivir sosegado, no sea sospechoso”.

441. Mira que ni en el semblante, ni en dichos ni en hechos no parezca que menosprecias a nadie.

442. Si eres menos que otro, ¿cómo quieres que quien está puesto más adelante sufra que tú le menosprecie? Si eres más que él, ¿porqué por menospreciarle te quieres hacer de él malquisto?

443. No hay nadie que pueda sufrir el menosprecio; porque ¿quién hay que piense de sí que es tan bajo, que merezca ser despreciado? Muchos trabajan por no venir en menosprecio; mas al respecto muchos más trabajan de vengarse si lo habéis tenido en poco. No hay nadie tan poderoso, a quien la fortuna alguna vez no le traiga a tener necesidad de gente común.

444. Allende de todo esto, ninguno quien Dios toma por hijo merece ser menospreciado, si ya no vienes también a menospreciar en esto el juicio de Dios. Y muchas veces, si mirásemos con buenos ojos a los hombres que andan echados por los suelos, pisados de las gentes, hallaríamos entre ellos quien mereciese ser honrado, acatado y casi adorado.

Capítulo XV
Del hablar

445. Dios dio la lengua a los hombres por instrumento con que se comunicasen y se allegasen en compañía los unos con los otros, a la cual nuestra naturaleza nos llama y atrae.

446. Ésta es causa de grandes bienes y de grandes males, según que cada uno usa de ella, y así muy sabiamente la comparó el apóstol Santiago al timón del gobernarle de una nao: le hemos de tener la rienda y le hemos de poner freno, porque ni perjudique a otros ni a sí misma.

447. No hay cosa que más presto nos haga tropezar en pecado, ni que más ligeramente nos haga caer en él de ojos.

448. Ni digas a nadie mala palabra; no le maldigas; no le perjudiques ni en hechos ni en palabras, ni en cosa que le pueda tocar en la honra.

449. No sueltes la lengua con desvergüenza, ni la desenfrenes, ni te vayas (como dicen) de la boca, aunque te hayan dado ocasión para ello; que así lo haces, delante de Dios, y aun delante de hombres cuerdos, más te perjudicas a ti que aquéllos de quien dices mal.

450. Responder a una mala palabra con otro denuesto es como querer limpiar alguna cosa sucia con lodo.

451. Amenazar es cosa de mujeres bajas y malas.

452. No seas tan sentido ni te hagas tan delicado, que te traspase una palabrilla.

453. Guárdate de procurar de parecer bien hablado en maldecir ni en afrentar a nadie; que en el mal de tu prójimo valdría que fueses mudo.

454. No seas muy curioso en reprender, sólo en mirar que no haya que tachar en ti.

455. Reprendiendo alguna cosa con razón, no uses de palabras recias ni ásperas, antes mezcla en ellas alguna virtud dulce, que temple y mitigue el desabrimiento que de suyo trae la reprensión.

456. Mas no sea de tal manera, que le ablandes tanto, que se pierda el provecho de la corrección o que caigas en lisonja.

457. Feo vicio es la adulación, torpe a quien la dice, dañosa al que la oye. Has de tener por cierto que no hay cosa en el mundo tan grande que se bastante a hacerte torcer de la verdad. No han de bastar las riquezas, ni el parentesco, ni amistad, ni ruegos, ni amenazas, ni miedo de la muerte, ni peligro cierto, para sacarte de la verdad.

458. De esta manera ganarás autoridad y crédito y será estimado todo lo que dijeres; de otra manera, todos te menospreciaran, y aun juzgarás que no mereces que te oigan.

459. Tu hablar sea templado, modesto, bien criado; no áspero, ni rústico, ni como de hombre que sabe poco. Tampoco en el hablar ha de haber demasiado cuidado ni afectación; que pues hablamos para que nos entiendan, no hemos de hablar de manera que hayamos menester intérprete.

460. No tomes autoridad de hablar cosas que pese a las gentes de oírlas, ni sea plática reprendedora, ni áspera, ni blanda, ni afeminada, ni lisonjera.

461. Hay una cierta medianía, en que podemos nosotros guardar nuestra reputación y la de otros.

462. Nos hemos de guardar de desvergüenzas o suciedad en las palabras, como de ponzoña.

463. No seas muy presto en el hablar, sigan las palabras al pensamiento; no se adelanten jamás, ni respondas antes de entender bien la materia que se trata, ni antes de tener bien entendido lo que dijo o lo que pensó aquel con quien hablas.

464. No hemos nosotros de tomar la licencia que Tulio daba a Ático, cuando le rogaba que si no sabía otra cosa, que a lo menos le escribiese lo que primero se le viniese a la boca. Esta licencia pudo solamente darse a una persona tan dulce, tan sabia, tan moderada y tan bien hablada como fue Ático, y lo más seguro sería no usar jamás de ella; porque aun cuando más descuidos estamos entre amigos, no ha de faltar un cierto respeto de no decir cosa que pueda ser principio de romper la amistad.

465. ¡Cuán fea cosa es y cuán peligrosa decir algo que después nosotros mismos, maravillados de ella, nos preguntemos qué es lo que habemos dicho!

466. Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo que del mucho hablar salen muchos males, y principalmente males que son contra el principal capítulo de la ley, que son riñas, discordias, enemistades (porque miremos bien lo que decimos)

467. Nos dijo y amenazó que aquel día en que ha de ser examinado y juzgado el mundo hemos de dar cuenta de toda palabra ociosa.

468. Por esto el salmista, rogando a Dios que le guarde de hablar mal, dice: “Pon guarda a mi boca y un candado a mis labios”.

469. Guárdate de ser boquirroto, ni largo y demasiado en el hablar: no te lo quieras tú decir todo; que todos han de hablar a veces, aunque platiques con gente necia o baja. Tampoco seas muy pesado ni tardío en el hablar, ni te escuches contentándote de lo que dices, pareciéndote cada palabra de las tuyas una rosa.

470. Estando entre hombres sabios y prudentes, mucho mejor es oír que hablar; mas lugares hay en que es tan gran tacha callar, como fuera hablar cuando no cumple.

471. No hay deleite en el mundo que se pueda comparar tonel que se toma en hablar y conversar con un hombre sabio y bien hablado.

472. No seas importuno en preguntar, que es cosa pesada y enojosa.

473. Sabe que dice Homero: “Huye de los que preguntan a menudo; que no pueden dejar de ser parleros.”

474. No seas en tus pláticas porfiado, ni te des mucho por defender todo lo que dices; que si te responden la verdad, luego callando la has de reverenciar y acatar como cosa divina.

475. Si no te responden conforme a la razón, disimúlalo, siquiera por amor de un amigo, o por amor de guardar tú la templanza que debes, principalmente si no es cosa que perjudica a buenas costumbres ni a la religión.

476. Toda porfía es demasiada cuando no se espere de ella sacar algún provecho. Parece que naturalmente todos se van a oponer contra los hombres arrogantes, que se precian mucho, o que son soberbios. Ni hay nadie que pueda sufrir la autoridad, aunque sea con varones señalados que la merezcan, si andan acompañada con menos precio.

477. No sean tus palabras pregoneras de tu saber, ni muestres lo que sabes con hablar; mas tus obras sean tales, que ellas de suyo lo declaren.

478. No pienses que todos huelgan de oír lo que te huelgas de decir.

479. Guarda de hacer cosa que hayas de tener cuidado de encubrirla, o que te haya de poner cuidado si se sabe; mas si por ventura la hubieses hecho, mira no la descubras a nadie. Lo que quieres que otros no digan, tú lo has de callar primero; y si lo dices, mira bien y torna a mirar de quién te fías.

480. Que cosas acontecen que a gran pena se pueden fiar de un amigo. Cuando te descubrieres a él, mira no mezcles alguna gracia; que hartas veces se descubren secretos por contar un dicho.

481. El secreto que pusieren en tu pecho guárdale con mayor lealtad que si te hubiesen fiado un gran tesoro.

482. No hay cosa segura en esta vida, ni de que nos podamos fiar, si no se guarda la fe que se debe a los secretos.

483. Lo que hubieres prometido mira que los cumplas, por cosa recia o difícil que te sea; a lo menos, a no hacer, has de hacer que te quiten la palabra que has dado; y si no te la sueltan, en ninguna manera dejes tú de quitarla.

484. No seas importuno en demandar lo que te han prometido; juzga siempre con mayor rigor de tus cosas que de las ajenas.

485. Mira que has de pensar que todos tienen sentido, razón, entendimiento y juicio. No pienses que con palabras les podrás persuadir que es bien hecho lo que es malo, ni al revés. No tengas esperanza que se ha de engañar a nadie con cosas fingidas, cubiertas y coloreadas; que a la fin todas estas cosas vienen a la luz, y parece tanto más feas y son más aborrecidas, cuanto primero habían sido más solapadas y secretas.

486. Porque cuanto mayor ha sido el engaño, tanto después de sabido nos da mayor enojo.

487. Por esto es mucho mayor ha sido el engaño, tanto después de sabido nos da mayor enojo.

488. Porque, aunque algunas veces parece que no es recibida la verdad al principio con buen rostro, mas después poco a poco viene de suyo a hacerse bienquista, tanto, que cuando lo conocemos, no hay cosa que más queramos ni con que más nos holguemos que con ella.

489. Bien acaece que la verdad parece que anda en grande tormenta y peligro de perderse; pero al fin jamás se anega.

490. También habéis de mirar cuán vano es y cuán de poco tomo el provecho que se gana con mentiras, y cuán poquito dura; mas si la verdad trae algún desabrimiento o perjuicio, presto se acaba.

491. Huye pues de la mentira como de la cosa del mundo que más estraga las costumbres; que cierto no hay ninguna más baja en la naturaleza humana que es ésta, que nos aparta de Dios, y nos hace semejantes y siervos del demonio.

492. Y al cabo, tarde o temprano la mentira ha de ser tomada a manos, y con gran afrenta vuelve a dar en rostro a quien la inventó o entretuvo.

493. ¿Qué cosa más menospreciada ni más vil que un mentiroso? si te toman por tal, nadie te creerá, aunque digas la mayor verdad del mundo.

494. Si te tienen en opinión de verdadero, más creerán una cosa cuando hicieres de cabeza señalando que es así, que si otro con grandísimos juramentos la afirmase.

495. Si quieres nunca contradecir, y que en tus palabras haya siempre constancia, no tienes necesidad de memoria para acordarte de lo que otras veces has dicho, sino de decir siempre cosas que tú creas que son verdaderas.

496. Siempre la verdad conforma con la verdad; mas la mentira ni cuadra con la verdad ni con la mentira.

497. Mas, si quieres creer siempre la verdad, no creas sino lo que tiene en sí apariencia de verdad.

498. Y no seas sospechoso; que bien expresado está aquel común dicho: “Si quieres ser verdadero, no seas malicioso”.

499. Desventurado de aquel que se mete en cosas donde no se puede escabullir sino mintiendo.

Capítulo XVI
De los juramentos

500. No tengas por costumbre de jurar, que el sabio dice: “Quien mucho jurare será lleno de maldad, y nunca dejará Dios, nuestro Señor, de enviarle azotes”

501. Y el señor en su Evangelio nos manda que no digamos sino: “Así es”, o “No es así”.

502. Grandísima es la reverencia que se debe a Dios; no le hemos de traer a cada paso o por cada nonada por testigo, ni se ha de hacer sino contra nuestra voluntad y por fuerza.

503. Quien fácilmente jura en las cosas de veras, ligeramente jurará burlando; y quien acostumbra a jurar en cosas de burlas, no está en dos dedos de jurar mintiendo.

504. Los que te han de creer, tan bien creerán jurando como no jurando; los que no, cuanto más jurares, te tendrán por más sospechoso.

Capítulo XVII
De las relaciones

505. Siendo nuestro intento, como ha de ser en general, de hacer bien, y que no ayudemos los unos a los otros, se ha todavía de hacer alguna diferencia entre los hombres; que son unos como de nuestra casa, otros son nuestros conocidos, a otros no los conocemos.

506. De nuestra casa llamo a todos los parientes, deudos y allegados, y a los que están en la misma casa y familia.

507. A todos hemos de querer bien; tanto, que aun con los que nunca conocimos y con los que nos son extraños nos hemos de haber de tal manera, que se conozca que tenemos una general amistad con todo el mundo, y que a todos tenemos buena voluntad.

508. Mas no has de ser uno con todos; antes ha de haber gran discreción en juzgar cómo nos hemos de haber con los unos, y cómo con los otros. Con unos te has de aconsejar, a otros has de obedecer y seguir, a otros has de honrar y reverenciar.

509. A otros has de pagar el bien que te han hecho, principalmente si con diligencia y lealtad te han hecho alguna buena obra o si han entendido en tus cosas

510. En lo cual la voluntad se ha de recibir por hechos; que en poco menor grado está en que procuró hacernos algún bien que el que lo hizo. Si alguno ha trabajado entes cosas, no se lo agradezcas menos que si te hubiese dado dineros.

511. Que no pienses que es menos entender con buena voluntad y diligencia en cosas ajenas que dar dineros; antes se ha de estimar en tanto más, cuanto preciamos más nuestro cuerpo que el dinero.

512. No esperes a que tu amigo venga a descubrirte su necesidad; tú la has de oler y salirle al camino y ayudar. Ataja la plática cuando te piden algo justamente; otórgalo sin pesadumbre antes que te lo acaben de pedir.

513. A tus padres no solamente lo has de amar, mas después de Dios, lo has de reverenciar singularmente, y obedecer sus mandamientos como preceptos divinos.

514. Creyendo (como a la verdad es) que para contigo ellos en la tierra te representan a Dios, y que no hay nadie que te quiera más ni que tenga más cuidado de tus cosas.

515. En el segundo lugar, después de éstos, has de tener a tus maestros, a tus ayos, a tus tutores, y finalmente a aquellos que han tenido cargo de tus costumbres, que son la cosa más preciosa y más excelente que hay en el hombre.

516. Ámalos y hónralos como si fuesen padres, obedécelos con humildad, alegría y presteza, pensando que lo que te mandan no lo mandan por su provecho, sino por el tuyo. Y pues esto es así, muy malas gracias les darás tú si, desvelándose ellos por hacer bien, en lugar de tan buena obra, les pagas en aborrecerlos o en ser rebelde y porfiado con ellos.

517. Cree que te ama quien con amistad te reprende.

518. Y que jamás daña la represión, aunque sea de tu enemigo; porque si dicen la verdad, muéstrate de qué te has de enmendar; y si no, enséñate de qué te has de guardar; y así no puede faltar de hacerte mejor o más avisado.

519. Cuando piensas tomar a alguno por amigo, examina y conoce primero muy bien sus costumbres, y sabe cómo se ha habido con otros amigos; porque no entres en amistad que te pese de haberla tomado.

520. No tomes conversación ni amistad con hombre de quien los buenos se apartan, ni con quien conversa con ruines.

521. Huye de los que no se aficionan a ti, sino a tus bienes, como son truhanes y chocarreros, con cuya conversación no puedes dejar de recibir mancilla en tus costumbres, o caer en gran peligro.

522. Apártate de los que tienen envidia a la prosperidad de sus amigos.

523. Y de los que, o por ser graciosos y no perder un dicho, ponen algunas veces la vida, otras veces la honra o el secreto de su amigo al tablero, o por ser parleros, se les suelta de la boca lo que con cuidado habría de encubrir.

524. Sobre todo huye de los que por cada nonada andan buscando ocasiones de reñir, y que por una rencilla de poca importancia toman grandes enemistades, y se quieren más vengar de las personas a quien otra vez han querido bien, que de las que nunca conocieron, o siempre han aborrecido, con una bárbara y diabólica persuasión, que tienen creído que han de sufrir menos la injuria de su amigo que de su enemigo, en lo cual muestran claramente que nunca supieron qué cosa era bien querer; que si lo supiesen, no se tendrían tan presto por injuriados. A los tales, cierto mejor es tenerlos por enemigos que por amigos, o a lo menos no conocerlos ni conservarlos.

525. Sé tardío en tomar amigos, y constante en guardar la amistad.

526. Los familiares que escogieres, no sean los que te pueden dar mayor placer, sino los que más te han de aprovechar, no personas que hablen a favor de paladar, sino lo que más cumple; no que lisonjeen, sino que digan la verdad.

527. Si te acostumbras a abrir las orejas a lisonjas y a cebarte en ellas, jamás oirás verdad.

528. Dos malas bestias son las que en nosotros hacen más estrago: la una fiera y brava, que es la envidia; la otra mansa y doméstica, que es la adulación.

529. Cuanto hemos de preciar y de querer la sabiduría y la virtud, tanto hemos de aborrecer y maldecir de la lisonja, que nos estorba que no lleguemos a ser sabios ni buenos, dándonos a entender que ya lo somos, y tanto nos hemos de holgar con la amonestación que nos hace que lo seamos, mostrándonos cuanto nos falta, y por dónde y cómo lo hemos de alcanzar.

530. Ya que tan de mal se te hace que otro te reprenda, mira no hagas cosa que merezca represión.

531. Desventurado el hombre que no tiene quien le amoneste cuando tienen necesidad de ello.

532. Huye de la conversación de los malos como de los que están heridos de peste; que no menos se ha de temer que se pegue el un mal que el otro.

533. Si ya tú no fueses tal, que tengas confianza que los podrías enmendar con tu conversación.

534. Mas guarda no sea demasiada esta confianza que de ti tienes, porque nuestra naturaleza se va hacia el mal cuesta abajo; mas el camino de la virtud es cuesta arriba y es muy alto.

535. Considera y examina bien quién eres, y de dónde y de qué estado, y hallarás que no hay cosa en ti porque tú hayas de tener más licencia de hacer mal que los otros.

536. Cuanto mayor fuera la licencia que tú tienes por uso o por costumbre, tanto has de refrenar más tus enojos.

537. Sé afable y bien criado con los que son menos que tú; ten acatamiento a los que son más; con tus iguales sé fácil y conversable, de tal manera, que donde interviene vicio guardes siempre tu entereza y rigor.

538. No se te haga muy de mal de que quien puede más que tú te menosprecies: cree que esta tacha, más está en la fortuna que en el hombre.

539. Si otro que puede menos que tú te enojare, no lo has de tomar luego por enfrenta, sino echarlo a una cierta libertad, que nació de la confianza de tu humanidad.

540. También has de pensar que eres demasiado delicado si cuando te tocan en un pelo te parece que te dan gran golpe.

541. No creas que tú sólo eres hombre, y que los otros son bestias, que no han de osar chistar; hombre eres, vive en la ley igual con los otros hombre.

542. Mas si eres más sabio o mejor, tanto más debes perder de tu derecho, y darle a otros, que o son más simples o más flacos. Sé más rigoroso contigo, y no quieras que tan ligeramente te perdonen; pues la sabiduría y virtud te han hecho tan constante y fuerte.

543. Si no excedes en virtud, ¿por qué quieres parecer mejor que otros? Y si lo eres, ¿cómo no le llevas ventaja en moderar tus pasiones?

544. Sin comparación es muy menor mal recibir agravio que agraviar a nadie; ser injuriado que injuriar; y mejor es que otros te engañen a ti, que no que tú engañes a nadie; como aun por la sabiduría humana lo vinieron a alcanzar los gentiles, como fueron Sócrates, Platón, y Séneca.

545. Ten en memoria que es cosa de hombre y conforme a la flaqueza de nuestra naturaleza humana recibir engaño o errar. Por eso no tomes tan a mal los pecados que otros hacen, ni te agravies tanto del error que cometieron contra ti.

546. De ánimo generoso es perdonar; mas guardar el enojo es de hombres recios y crueles, de ruin casta y bajos; lo cual aun la naturaleza nos lo muestra en los mudos animales.

547. Y pues Dios ninguna cosa hace más veces ni de mejor gana que perdonar, ¿quién será tan loco, que no diga que la más hermosa y excelente obra que podemos hacer es ésta, con que tan cerca nos allegamos a la naturaleza de nuestro sumo y poderoso Dios?

548. Así te debes de haber con los hombres, como querrías se hubiese Cristo contigo. Y cierto es mucha razón que tú perdones a los hombres de tal manera, como tienes necesidad que Dios te perdone semejantes ofensas o muy pocas menores.

549. No hay mejor oración, ni que más fuerza tenga delante de Dios, que aquella que nos enseñó Jesucristo, su hijo, nuestro Redentor y Señor, por lo cual se llama oración del Señor.

550. Pues mira que esta tal oración, ni que más fuerza tenga delante de Dios, que aquella que nos enseñó Jesucristo, su hijo, nuestro Redentor y Señor, por lo cual se llama la oración del Señor.

551. Con esta condición se nos perdona una deuda grandísima, con que nosotros perdonemos otra muy pequeña.

552. Todo junto cuanto un hombres puede pecar contra otro, no se puede traer en comparación con los pecados que cada uno de nosotros comete en cada punto contra Dios, porque la diferencia es tan grande de lo uno a lo otro, cuanto va de Dios a un hombre.

553. Si estás enojado con alguno, haz, según te aconseja el Apóstol, que no se caiga el sol antes que tu enojo.

554. Cuando te hayas de ir a acostar desnuda de tu ánimo las rencillas, enojos, ofensas, codicias, congojas y pasiones, para que con ánimo concertado y sosegado te puedas entregar en el dulce reposo.

555. Si una vez has perdonado, procura que aquél que perdonaste sienta que lo hiciste de buen corazón y lealmente, de manera, que ni te acuerdes más de lo pasado, y te conozca por amigo en todo lo que le pudieres ayuda y aprovechar.

556. Si otro te ha injuriado, guarda por amor de Dios no pretendas tú tomar venganza por tu mano ni por mano ajena. Mira que no tienes tú libertad, ni te toca a ti vengarte de quien es siervo de otro, o por mejor decir, de aquél que sirve al mismo señor que tú: cata que haces injuria a tu señor si no le dejas a él el conocimiento y juicio de la causa que ha pasado en su casa, y entre vosotros justamente le servís.

557. Y pues no hay duda de que Dios es Señor de todo el universo, todos somos siervos suyos, te baste a ti que tus quejas lleguen delante de su acatamiento; y aun más te digo: que sería mejor que tú no las llevases, porque el ojo del Señor ve todas las particularidades que pasan en el mundo, y según dice la Escritura sagrada: “Él conoce al que hace la injuria y al que la recibe”.

558. Por esto dice Dios: “Dejad a mi cargo el castigo; que yo pagaré a cada cual lo que merece”.

559. Porque, como la injuria esté en la intención del que la hace, y no la obra, solamente Dios puede ver la intención y voluntad, y saber el justo castigo que se debe, y Él sólo puede darle.

560. Mas nosotros, ciegos por la mayor parte, tomamos por injuria aquella que no lo es, según que estamos apasionados con lo que deseamos, y esta pasión no nos deja examinar con buen tino lo que hay en cada cosa; antes desatinados, nos lleva por mil despeñaderos.

Capítulo XVIII
De cómo cada uno se ha de haber consigo mismo

561. Conviene que cada uno no solamente se ame y se quiera bien, sino que se tenga veneración y respeto tal, que le haga tener vergüenza de sí mismo, si piensa hacer alguna cosa neciamente, o sin prudencia o sin vergüenza, o mala contra las genes o contra Dios. Pues Dios te hizo esta merced de darte conciencia, que consiste con el bien y reposa en él, no pierdas tan señalado don como éste.

562. Estima en más lo que calladamente juzga tu conciencia que las voces de la boca y necia muchedumbre: no te dejes llevar por ella, que así como alaba y precia lo que no sabe que es, así condena y desecha lo que no conoce.

563. La conciencia es la que si está turbada y desasosegada trae grandísimos tormentos en el ánimo; y cuando está sosegada y en reposo, aun estando en la tierra, nos pone en bienaventuranza, a la cual no se pueden comparar riquezas, ni tesoros, ni señoríos, ni reinos.

564. Y esto es lo que nuestro Señor en el Evangelio promete a los suyos, que aun en esta vida les dará bienes mucho mayores que los que por él dejare; pues los unos nos ponen en miseria, o a lo menos no bastan para sacarnos de ella, y los otros de suyo nos hacen bienaventurado.

565. La fama ni puede aprovechar al malo, ni dañar al bueno.

566. Un muerto, ¿qué lleva de la fama más que lleva una pintura de Apeles muy loada, o que un caballo que fue vencedor en el Olimpia? Y aun al vivo no le sirve de más que esto, si él no sabe lo que de él se dice; y si lo sabe, todo lo que sirve es, que el sabio lo menosprecia, y el que es ignorante se contenta y agrada de sí mismo, y se ensordece.

567. La conciencia da verdadero y firme y duradero testimonio de lo que es cada uno; y este testimonio es el que valdrá delante de juicio de Dios, que no los dichos de las gentes. La conciencia es gran maestra para enseñarnos a vivir.

568. Y como dijo uno muy bien, “es muro de metal”, con el cual sólo defendidos y amparados, estamos guardados y seguros, sin recelo de los innumerables peligros de esta vida. No hay espanto que baste a moverle; porque está clavado en Dios, y en él sólo tiene su confianza, y conoce que de Él tiene muy particular cuidado aquel a quien todas las cosas obedecen.

569. Torpe cosa es que otros te conozcan, y que no te conozcan tú a ti.

570. ¿Cómo no basta que sepas tú lo que eres? y lo que es de estimar en más que todas las cosas de esta vida, ¿no te basta que lo sepa Dios?

571. Mas los que menosprecian el dicho de las gentes, y se descuidan de la fama por poder pecar más sin miedo y sin cuidado, éstos ya en dos maneras son malos; porque no tienen respeto de Dios ni al mundo.

572. Y hacen muy gran agravio e injuria a su conciencia, de la cual se burlan y escarnecen, menospreciando la fama para dar mayor libertad a su conciencia, la cual más desbocada corre por los vicios no la refrenando el respeto de las gentes.

573. Amar cada uno a sí mismo (hablando, propiamente y como hemos de hablar) es con todas nuestras fuerzas trabajar, y con grandes y muy continuos ruegos pedir a Dios que la parte excelentísima de nuestro ánimo esté adornada y aderezada con sus verdaderos y propios atavíos, que es con religión.

574. No se ha de hablar, ni se puede decir que se ama a sí, el que ama la riqueza, la honra, el deleite, ni finalmente el que ama cuantas cosas exteriores hay, ni a su mismo cuerpo, pues la parte principal del hombre es la mente.

575. Ni se ama tampoco el que por no conocer se engaña o se deja fácilmente engañar de otros, y algunas veces goza, dándose a entender que hay en sí bienes que o él no tiene, o no son tales.

576. Este tal amor no le puede el hombre llamar amor de sí mismo, pues que él mismo no es otra cosa que su ánimo; llamarse ha amor del cuerpo, sin consejo, ciego, dañoso y pernicioso para sí y para otros.

577. El cual no sin razón Sócrates declaró ser principio y cabeza de todos los males; porque éste es el que tirando para sí más de lo que cumple, quita y desata la caridad que había de haber entre los hombres; y esto habría siempre cada uno de pensar y considerar continuamente, porque de aquí nace todo cuanto mal hay en el mundo.

578. Que claro está que quien de esta manera se ama, ni él puede querer bien a nadie, y siendo particular para sí, ¿cómo ha de ser amado?

579. Quien es soberbio no se puede acordar con las mansos, y mucho menos con otros soberbios.

580. Nuestro Salvador Jesucristo con un breve documento nos declaró qué cosa era amarnos y qué cosa era aborrecernos, diciendo: “Quien aborrece a su ánima, no regalándola en estas cosas de fortuna y perecederas, este tal verdaderamente la ama y desea su salud; mas el que la ama regalándola en cosa ajena, éste la aborrece y quiere su perdición”

581. ¿Quién (si no está del todo fuera de entendimiento) dejará de sufrir, o huirá de un poco de trabajo por premio eterno y celestial; pues aun estas cosas perecederas y frágiles no se alcanzan sin trabajo? ¿Qué género de vida escogerás, que no esté llena de cien mil fatigas? Y tanto más, cuanto se apartare más desta que mostramos. Entra, entra con buen ánimo en trabajos; no rehuyas, que por ninguna parte te podrás escabullir.

582. Que esta es la ley de los tienen a Adán por padre, que trabaje, y ésta es la maldición de los que son hijos de Eva, que se aflijan.

583. Mas mira que por donde piensas huir del trabajo, por allí te vas a anegar en él. Y pues así como así en esta vida hemos de pasar trabajos, ¿cuánto mejor es emplearlos en cosas que nos han de dar bienaventurado y perpetuo galardón, que no en éstas que en la presente vida nos dan premio tan bajo y tan vil y que tan presto se desvanece en el aire, y en la otra, nos ponen en perpetuos tormentos y tristezas?

584. Cuanto más, que el hacer bien en cosa de menos trabajo, y trae consigo muy menor peligro y muy menor cuidado que hacer mal; porque el pecado siempre anda acompañado de temor y de congoja, y siempre le sigue el arrepentimiento.

585. El pecado es muerte en el hombre, y quien peca, mucho más mal sufre que quien pierde esta presente vida. Mucho más es pecar que perder la cabeza; porque es apartarse de Dios; que es nuestra vida, y del sosiego de la conciencia, que es la cosa más bienaventurada que tenemos.

586. Las tachas del pecado y las mancillas que deja en el alma, lávalas con lágrimas y con penitencia y con oración, invocando la divina misericordia, poniendo gran confianza en ella.

587. Con muy gran atención y con muy particular cuidado hemos de huir las causas y las ocasiones de pecar, que, como dice el Sabio “quien ama el peligro perecerá en él”.

588. Y el diablo siempre está esperando sus ocasiones y coyunturas para nos acometer, de miedo de lo cual, jamás hemos de estar ni a un punto sin cuidado.

589. Siempre hemos de guerrear con él; que bien dijo Job: “La vida de un hombre es una continua guerra en la tierra”.

590. Y como el enemigo sea tan poderoso, de tanta fuerza, tan recatado, astuto, antiguo, y tan ejercitado, y haya en él tanto poder y tanta arte, no hemos de pensar que ni por razón ni por arte ni por fuerza nuestra hemos de poder igualar con él, cuanto más vencerle; por esto, desconfiando en nosotros, hemos de acorrer a Dios a demandar su ayuda.

591. Por esa causa nuestro Señor y Maestro muchas veces mandó a los suyos que orasen, y que con muy gran devoción y fervor le pidiesen a Dios, nuestro redentor y padre, que no consistiese que fuesen traídos en tentación, que es en batalla, en que hubiesen de pelear con el diablo.

592. Y en la oración que el mismo nos enseñó, el remate es: “No permitas, Dios y Señor nuestro, que seamos tentados, mas líbranos del malvado demonio, que siempre nos está acechando.”

593. Estemos pues como si estuviésemos ya puestos en el escuadrón, el ojo alerta, las haldas en vinta, vivos, despiertos, y no dejando jamás perder nuestras ocasiones. Y pues esta vida huye con tanta presteza, siendo su fin tan incierto, que no hay quien se pueda asegurar un día, es cosa de locos y de grandísimos peligro alargar nuestra esperanza a plazo largo, y dilatar hacer nuestros aprestos para en la jornada que hemos de pasar, a la cual cada momento nos llaman y emplaza, no sabiendo cuándo nos han de poner en el camino por donde forzosamente habemos de ir, agora nos pese, agora nos plega.

594. Por lo cual sea nuestro ejercicio aparejar y ganar un tesoro para la otra vida, en que no pase día que no añadamos algo; porque estando con él aparejados y confiados, nunca por nuestro descuido y flojedad nos tome desapercibidos la muerte, sino aparejados para la partida, estando ya hartos de las cosas de este mundo, y llevando para la otra delante en nuestras manos grande y firme esperanza de la vida que hemos pasado inocente y santamente, mediante la fe de Jesucristo, Hijo de Dios, y la religión y piedad que él mismo nos enseñó; que ésta fue la mayor y más singular y excelente merced que pudo el hombre recibir de Dios, por lo cual venimos en conocimiento de Él, y cuanto un hombre mortal puede, le imitamos, seguimos y alcanzamos.

595. Si no fuese por esto, ¿qué cosa sería el hombre, sino un animal como los otros, que sin seguir el camino de la razón, sin saber por qué ni para qué, se van por donde los pies los llevan? ¿En qué les llevarían ventaja, sino en ser en su brutalidad inmortal?

596. Así como se ha de estimar en más un día de un hombre que vive por razón, que la vida larguísima de un cuervo o de un ciervo, así se ha de preciar más un día pasado en servicio de Dios y en religión, que es en vida divina, que todo el siglo eternal junto, habiendo de ser sin conocimiento y amor de Dios.

597. “Esta es la vida eterna (dice nuestro Señor Jesucristo), que conozcamos al Padre, y, a Jesucristo, su unigénito Hijo, que él envió”

598. Este es el camino de la perfecta y cumplida sabiduría, en la cual el primer caso es conocerse el hombre a sí mismo; el último, conocer a Dios. Al rey de los siglos inmortal e invisible; al Dios de toda sabiduría, sea honor y gloria por siglos de siglos. Amén.

Fin